

# FORO: *Cristianisme i mon d'avui*

## ESPÍRITU DE JESÚS Y ENTRAÑAS DE MISERICORDIA

P. Pedro Trigo\*

### Abstract

*The essay begins reflecting the present practice of mercy, as it is perceived and understood. This does not mean that it is considered, in our society, as a fundamental and distinctive value of human existence, rather than a residual attitude. We will research the christian sources to rediscover that at the beginning we find the attitude of sympathy and*

---

\*El P. Pedro Trigo Durá es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudió Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en Teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de Iglesia y de pastoral que él representó. En 1973 fue discípulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Vive en una parroquia popular y acompaña a comunidades cristianas populares. Anima y asesora a la Vida Religiosa en Venezuela y América Latina, comprometido en un esfuerzo intercongregacional en orden a una Vida Religiosa inserta e inculturada en los medios populares. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLaT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo...

*affection, followed later by mercy. Such it is in God and in Jesus. The Holy Spirit does not add new contents to this theme, but the form and possibility of practicing this specific relation. Attentively it is studied the step in the primitive Church, thanks to the action of the Spirit, of the differences like discrimination source to the differences like complementation. The place is finally studied that should occupy today the sympathy and the mercy, in obedience to the Spirit; this through three chapters: to work for the recognition and the inclusion of the other ones; to evangelize Jesus' maternal Father and to live the fraternity of the daughters and children of God.*

**Key words:** *Mercy, Affection, Sympathy, Holy Spirit, Jesus, God, otherness, inclusion.*

## **1. La misericordia hoy**

### *1.1 Valoración ambiental positiva*

Hoy la misericordia, siempre que se la entienda como el impulso que lleva a establecer una relación de ayuda libre, discreta y eficaz, goza de buena prensa. Se da por asentado que quien se deja llevar de este modo por ese impulso, es una persona realmente humana, sobre todo si ese aspecto de su vida es la coronación de su solvencia en otros campos. No sólo parece bien esta manera de practicar la misericordia sino que de hecho conoce un desarrollo creciente. Por ejemplo el auge del voluntariado es un acontecimiento que caracteriza a nuestra época tanto como otros ligados a la producción o al mercado.

No creo que nadie defienda una vida familiar en la que la misericordia no sea un ingrediente significativo. Una pareja que no sepa comprender las carencias y debilidades del otro y ayudarlo, una pareja que no pueda perdonarse, no es realmente humana; menos lo es todavía una madre o un padre que no sienta misericordia de sus hijos y no la ejercite muchas veces; lo mismo podemos decir de los hermanos entre sí o los amigos y compañeros. También piensa la mayoría que deberían formar parte de la sociedad que deseamos y queremos la misericordia con el desfavorecido por cualquier causa y la correspondiente ayuda, la compasión con el que sufre y el acompañamiento en su dolor, incluso la tristeza por el que ha roto las normas de convivencia y el ofrecerle una segunda oportunidad, y hasta la mano tendida para que se rehabilite al que ha caído en hábitos que causan daño a sí mismo y a otros.

## 1.2 ¿Una actitud primordial o complementaria?

Pero una cosa es que se reconozca la relevancia social y antropológica de la misericordia y otra la de determinar el puesto que ella ocupa en la propuesta, tanto de vida personal como de desarrollo de la humanidad. Creo que la valoración más frecuente es que ella no es la que debe definir a una persona ni la fuerza que mueve a una sociedad y desencadena el desarrollo, pero que no puede faltar, si la persona aspira a constituirse en plenamente humana y el desarrollo ha de poseer la armonía y la calidad humana que debe ostentar para que sea durable y fecundo.

A causa de esta valoración ambiental resulta imprescindible la pregunta por el puesto de la misericordia en el espectro completo de habérselas con la realidad, que es la tarea de las personas y la humanidad. Partimos de la aceptación de que la misericordia debe existir en cada individuo y en el ambiente social. Ella es una actitud, diríamos un *pathos* y un *ethos*, positivo, siempre que sea lo que dice ser, un conmoverse el corazón ante una situación de menoscabo de otra persona y en ese sentido una expresión de amor hacia ella, que por eso va acompañada de algún tipo de ayuda que lo manifieste. No sería, por tanto, misericordia el alivio que alguien siente por no estar mal como el otro y el manifestarle esa superioridad con lástima o con una dádiva humillante. Tampoco sería verdadero amor esa protección posesiva que roba la intimidad del otro, que le quita su espacio y le impide ser sujeto.

Supuesto, pues, que se valora decididamente la misericordia, preguntamos por su relevancia, por su trascendencia, en el conjunto de cada persona y en el proceso dinámico de la familia humana. Estamos de acuerdo que sin ella no hay verdadera humanidad ni es posible la vida social. Pero ¿cuánto espacio debe ocupar? ¿Debe dar la pauta en la vida de cada persona y en la fisonomía de las sociedades o su puesto es más modesto? ¿Pudiéramos compararla a los elementos más imprescindibles de la dieta humana o se parecería más a la sal, sin la que la comida no es gustosa, sin la que incluso no apetece comer, pero que no es la que da el crecimiento y mantiene la vida? ¿Tendría que ver más con la calidad de la vida que con la vida misma?

Desglosemos esta pregunta global en otras más analíticas que atañen a aspectos juzgados como muy valiosos: Partiendo de que somos cada vez más y escasean más los elementos y que es por tanto cada día más necesario encontrar o inventar medios y modos de vida, nos preguntamos si el que vive la misericordia está en mejores condiciones que quien no la vive para lograr que haya más elementos para vivir. Esta pregunta, dirigida a cada individuo, la extendemos a

las sociedades: Una situación signada por la misericordia, es decir una situación en la que muchos de los que la configuran con sus acciones la ejercen ¿tiene más capacidad para elevar el nivel de vida de la humanidad que otra en la que esta variable no es significativa? Como constatación histórica, los descubrimientos que potencian el desarrollo de la humanidad y su aplicación técnica, su producción y distribución que van transformando la vida humana ¿han ido surgiendo y expandiéndose a impulsos de la misericordia? ¿O la misericordia es más bien, un impulso complementario, útil sin duda y tal vez hasta imprescindible para paliar e incluso revertir los efectos colaterales nocivos de la manera de proyectarse el desarrollo, pero que por sí solo es insuficiente para dinamizar a la humanidad, no es la palanca adecuada para lograr un desarrollo progresivo cada vez más acelerado? A este nivel el amor propio rectamente entendido y el afán de ser reconocido, incluso la búsqueda de la ganancia económica o hasta el afán desnudo de poder, de dominar sobre los demás ¿no han sido acicates muy valiosos a la hora de emprender procesos muy complejos, difíciles, costosos y sostenidos? En muchos descubrimientos para aliviar procesos de trabajo muy onerosos o para mejorar condiciones de vida muy desventajosas o para superar enfermedades, sin duda que la misericordia ha sido un móvil eficaz, pero en muchas otras ocasiones no es tan claro que haya jugado un papel destacado.

Si pasamos a la configuración de la vida social, a las relaciones de producción, a las relaciones sociales, más en concreto a las relaciones políticas y más en general a las relaciones humanas, sí hay que conceder un lugar muy destacado a la misericordia, pero sin desconocer el peso, determinante muchas veces, de la justicia y otras de la conveniencia mutua, del llamado bien común, lo mismo que el afán de reconocimiento; así como también hay que reconocer que la voluntad de prevalecer ha prevalecido no pocas veces y sigue prevaleciendo.

Así pues, hacer misericordia ¿es eficaz, es fecundo, ayuda realmente a la humanización de la humanidad? Sin duda. Pero la misericordia ¿es lo que le hace humano al ser humano? ¿Forma al menos parte indispensable y destacada de este núcleo trascendente? La respuesta a esta pregunta no parece ser tan evidente para muchos seres humanos ni en la opinión pública ni en la estimativa ambiental.

### 1.3 *Valoración negativa*

Creo que ésta es la estimativa general respecto del puesto de la

misericordia en la vida de las personas y en la historia humana. Pero, junto con ella, en el occidente al menos, también existe hoy una apreciación francamente negativa de la misericordia que cada vez gana más adherentes y es presentada abiertamente en los *massmedia*. El reconocimiento de Nietzsche, no sólo como expresión sobresaliente de mucho de lo que se agita en esta época sino como plasmador convincente de un ideal de vida, expresaría lo que queremos decir. Para Nietzsche la compasión cristiana es el invento de los vencidos de la vida, de los que han perdido el gusto de vivirla libre y abiertamente, de cara al viento, de los que se saben inferiores y no se atreven a entrar en la lucha por la vida, de los resentidos contra los que juegan limpiamente su juego. En vez de proclamar que vivir es entregarse al juego de la vida para crearse jugándolo con toda la pasión y voluntad posibles, proponen como virtud la protección al que es víctima de alguna minusvalía y así desvían las energías nobles que deberían emplearse en ascender hacia realizaciones más sublimes. Al sustituir la lucha por la vida por la protección a los débiles, se preservan los que no valen y no merecen seguir viviendo, y los mejor dotados malgastan sus mejores energías en una causa innoble en vez de emplearlas en la pasión por vivir y autorrealizarse.

Esta propuesta es asumida por muchos prácticamente, si no en forma de positiva agresión a los débiles, sí como insensibilidad respecto de cualquier desgracia, infortunio, desventaja, dolor o injusticia que sucede a su alrededor o, en este tiempo en que todo está virtualmente presente, en el mundo. Todos aquellos que no forman parte de su mundo de vida, bien como aquellos en los que se han puesto las complacencias, bien como ayudantes para los propios planes o como oponentes, no existen para uno. La frase de Caín “¿acaso soy yo guardián de mi hermano?” expresaría la actitud de fondo de estos individuos. A los amigos se los quiere, a los compañeros se los ayuda y a los enemigos se los combate. Los demás no existen. La humanidad, se dice, no puede ir recogiendo desechos; tiene más bien que deshacerse de ellos. Serán pocos los que aplaudan planes de exterminio tipo nazi, pero sí apoyan que se disminuya al máximo lo destinado en el presupuesto a ayudar a pobres, ancianos desamparados, enfermos sin recursos, emigrantes sin contrato ni otras protecciones legales, incluso jubilados y, por supuesto, presos. Esos mismos aplauden que esos recursos se dediquen a los más ricos en forma de incentivos o por lo menos de deducción de impuestos, ya que se asume que son los más productivos. Aunque otros, más consecuentes, asumen que no hay que dar nada a nadie. Cada quien debe arreglárselas como pueda. No tiene sentido dar ni pedir, como no sea el don libre que se tributa como admiración o amor o el premio de la victoria que se le arranca al vencido.

#### 1.4 *¿Puede no ser una actitud primordial?*

Si es verdad lo que dijimos en la primera parte como estimativa todavía mayoritaria, habría que concluir que desterrar la misericordia de los corazones y de la práctica social conduce no sólo a una deshumanización de la humanidad sino a que los mínimos del contrato social sean tan mínimos que la sociedad se vaya desintegrando, que el tejido social se vaya descomponiendo y que por tanto los contratos de trabajo sean percibidos cada vez más por los trabajadores como forzados, como equivalentes a la esclavitud, como violentos. En esta situación los servicios cada vez están más en peligro de no llegar a los mínimos, así como el inevitable roce social está cada vez más cargado de agresividad latente, los que tienen posibilidades se encierran en zonas exclusivas amuralladas, el otro es visto como un peligro potencial. Una sociedad así es un fracaso ya que casi imposibilita la vida humana en vez de propiciarla y por eso va encaminada a la catástrofe.

No nos detendremos en considerar ese humanismo sin misericordia, a todas luces patológico y suicida. Nos preguntaremos más bien por qué, si la misericordia no lleva la voz cantante, las personas y la sociedad se deslizan a ese abismo. Éste es a nuestro modo de ver el fondo del problema. En efecto, si la misericordia no es lo que hay que hacer sino lo que no hay que omitir, a la larga siempre se va a presentar el dilema de dedicar tiempo, energías y recursos a la tarea de mi vida o a la inevitable misericordia. Como la lucha por la vida exige todas las energías disponibles porque en esta época mundializada la competencia es con todo el mundo, lo que dedico a la misericordia lo voy a ver como una desventaja de la que se aprovecha el competidor con menos misericordia para prevalecer sobre mí. En esta tesitura, aunque comprenda que el abandono de la misericordia me deshumaniza, acabaré viéndolo como el precio necesario para no sucumbir, o, lo que es más frecuente para no tener que aceptar esta mutilación humana, tenderé a postergar el ejercicio de la misericordia para cuando venga una ocasión más elástica, aunque en la práctica ese retraso equivalga a la renuncia a su ejercicio o a una práctica residual y no significativa.

Creo que hay que aceptar que mucha gente querría practicar asiduamente la misericordia, lo desea sinceramente. Más aún, quisiera que esta sociedad fuera regida por unas reglas de juego menos agresivas en las que la misericordia pudiera coexistir con la competitividad. Pero como son éstas las que existen, se ve obligado con mucho pesar a postergar la misericordia. Por eso nos volvemos a preguntar: la misericordia ¿puede no ser una actitud primordial en las personas y las sociedades?

Este planteamiento lo expuso con mucha perspicacia Freud en sus dos ensayos sobre *El malestar de la cultura* y *El porvenir de una ilusión*. Ya en una fecha tan temprana como el fin de los años treinta comprende que la humanidad se encamina a una cultura cada vez más interconectada en la que las personas, quieranlo o no, se van a estar rozando continuamente. Esta maciza respectividad exige un cemento interpersonal y social, ya que en caso contrario los contactos van a ser sentidos como choques y van a provocar una agresividad que va a tornar invivibles las ciudades e inviables las sociedades. Él piensa que hasta ahora sólo el cristianismo ha propuesto ese lazo de unión en el mandamiento del amor universal. Cree que sólo el ejercicio de este amor hará posible la vida humana en este planeta superpoblado y cada vez más interconectado. Pero desde su antropología un tanto pesimista y desde su ateísmo no cree posible mandar amar de ese modo e incluso piensa que es imposible e irracional. En efecto, se pregunta por qué voy a amar a un desconocido y más aún a alguien que no merece ese amor. Si es absolutamente indispensable la respectividad positiva hacia los demás y si es imposible tenerla ¿qué salida tiene la humanidad? Por eso, como él no puede ofrecer ninguna, augura un buen porvenir a la ilusión que predica el cristianismo, porque aunque para él no es más que una ilusión, de ilusión también se vive, más aún cuando la lucidez no halla ningún camino. De todos modos, él, dejando a un lado la ciencia y tomando prestado el lenguaje de la mitología, se atreve a esperar que así como ve que en el momento en que escribe (el año 1939) le toca el turno a *Thanatos*, después nuevamente le toque la suerte a *Eros*. ¿Se refería simplemente a que al entregarse a sus pulsiones más destructivas la humanidad quede tan agotada y escarmentada que vuelva al camino de las pulsiones de vida, el único creador? Pero entonces ¿por qué no lo dijo de ese modo? ¿O eligió la mitología porque era lo único que tenía a mano para evocar discretamente aquello en lo que no creía y sin embargo de este modo lo invocaba? Al menos es cierto que lo deseaba vivamente.

Acotemos que Freud se refería precisamente a la misericordia. En efecto, a él le parece normal el amor de complacencia; lo que no ve posible es amar a quien no merezca ese amor, bien porque es un desconocido y no he tenido un contacto con él que me haya descubierto sus cualidades, bien porque al conocerlo no veo en él cualidades que me atraigan o veo incluso defectos que me repelen.

Si a Freud no le faltó perspicacia para ver en los años treinta del siglo pasado la necesidad de la misericordia para la vida de la humanidad, hoy hace falta ser ciego para no verlo. Pero, como en el caso de Freud, hoy también se preguntan muchos tanto por la racionalidad de ese amor como por su posibilidad.

Nosotros, que tenemos fe, trataremos de mostrar la pertinencia y la posibilidad de la misericordia.

## **2. El Dios de la misericordia**

### *2.1 Revelación de la misericordia de Dios en el antiguo testamento*

#### *2.1.1 En el principio fue la simpatía*

Comenzamos asentando que en el principio no fue la misericordia sino la simpatía. Aunque simpatía y compasión tiene la misma etimología (una en griego y otra en latín), sin embargo nosotros les damos un matiz distinto. Entendemos por simpatía la inclinación afectiva positiva hacia los demás, mientras que la compasión es esa misma inclinación referida específicamente hacia quien sufre penalidades o desgracias o hacia el que es miserable en el sentido primario de desdichado o infeliz. La simpatía es una inclinación gratuita hacia los demás, pero, siendo gratuita y en ese sentido inmotivada, es decir que le sale a la persona desde dentro y no como reacción al proceder del otro respecto de ella, sin embargo conecta con lo positivo de la otra persona, lo descubre y realza. Por eso la persona que es simpática resulta agradable y atractiva a los demás. Si la simpatía y la compasión son genuinas, como brotan de la misma raíz, en definitiva como son el resultado de la inclinación positiva al otro, se dan una u otra dependiendo del estado en que se encuentre la otra persona. En este sentido primordial, una persona simpática es también una persona compasiva. Cuando esto no sucede, es porque la simpatía no es gratuita sino el deseo de caer bien o la mera resonancia de un estado de bienestar, que no tiene en cuenta a la otra persona sino que es más bien expresión de la propia bienandanza.

Pues bien, para los judeocristianos, la primera actitud de Dios es la de complacencia por su creación. La miró y le pareció que era buena, incluso muy buena (Gn 1,31). La vio con buenos ojos, le gustó. En efecto, si Dios no hubiera querido algo, no lo hubiera creado (Sab 11,24). Él ama a todo lo que existe porque es el amigo de la vida (id 26). Respecto de los seres humanos esta complacencia está plasmada simbólicamente con encantadora belleza al decir que Dios iba al jardín en el que había creado a los seres humanos y se paseaba con ellos al frescor de la tarde (Gn 3,8). Dios es pura positividad y se complace con la relativa positividad de los seres humanos.

### 2.1.2 *La misericordia viene siempre siguiendo a la simpatía*

Claro está que al fin, como los seres humanos nos enfermamos y morimos y además tenemos perplejidades, desencuentros, dudas, ansiedades y tantas otras manifestaciones de nuestra limitación, Dios habría llegado de todos modos a tener misericordia de nosotros. Al crearnos ya contaba con que somos carne, carne palpitante, deseosa, abierta al otro, carne que se estremece de alegría y que suda al trabajar para cuidar la tierra y hacerla más productiva, pero también carne que se cansa, que está a merced de los demás, que se enferma y muere. Dios no se decepciona de nuestra limitación ni de sus consecuencias. Es Dios porque, siendo infinito, nos ama en nuestra finitud.

Por eso la misericordia viene siempre siguiendo a la simpatía, si ésta es de buena ley. La misericordia es, pues, la prueba de que el amor es verdadero, es decir, gratuito. No es algo complementario y menos aún compensatorio, es expresión primaria del amor al ser humano, si se da auténtica simpatía. En el caso de Dios es algo que lo caracteriza desde el momento en que decide crear a los seres humanos, es decir desde la eternidad.

Lo que decimos de Dios, tenemos que decirlo con igual razón y aun más del ser humano. Todos somos de carne y en nuestra propia carne experimentamos nuestras limitaciones, que nos dan dolor, y las penalidades de la vida, que nos hacen sufrir. Todos sabemos lo que nos cuesta hacerles frente. Todos hemos agradecido el sostén de nuestros padres y de tantos otros y la ayuda oportuna que nos han brindado diversas personas. Todos hemos sufrido por las veces en que no hemos encontrado ese apoyo y hemos tenido que hacer frente a situaciones difíciles en completa soledad. Si hemos experimentado el alivio de la ayuda recibida y lo amargo de la soledad cuando necesitábamos una mano amiga ¿cómo podemos negársela a otro que nos la pide o que vemos la necesita? Un ser de carne que no tiene el corazón de carne, porque lo cierra a su hermano cuando padece alguna aflicción o necesidad, no es un ser humano, es inhumano, está deshumanizado.

### 2.1.3 *Dios responde al desvío humano con misericordia*

En la mejor de las hipótesis, es imprescindible el ejercicio de la misericordia. Mucho más con lo que pasó después. Porque lo que pasó fue que no hubo sólo limitaciones, también hubo mal uso de la libertad: pecado. El fondo del pecado consiste en no fiarse de Dios, de su conducción, de su palabra. Él

con esa apertura a la humanidad, con esa condescendencia, con esa cercanía, con esa simpatía, y los seres humanos, en vez de aceptar ser socios de Dios, sus colaboradores en la creación y además sus amigos, buscan probarlo todo por sí mismos, más allá del bien y del mal, autárquicos. Dios era digno de fe, él quería a la humanidad, él había jugado limpio. No corresponder a la simpatía con simpatía, no aceptar esa inclinación afectiva de Dios hacia él, pensando que le va a ir mejor viviendo por su propia cuenta, es perder el sentido de la responsabilidad, más aún el sentido de realidad, es encerrarse en un subjetivismo, que, al no hacer justicia a la realidad, trae consigo la pérdida de la armonía y la desgracia.

Dios no responde con rabia a este desvío humano sino con misericordia. Si nosotros nos mudamos, él no se muda. Como su simpatía era genuina, al entrar los seres humanos en una situación de desgracia, ella dio paso a la misericordia. Pero como la misericordia dice respecto al otro, no es un simple olvido de alguien superior a quien no le afecta mucho lo que haga el otro, la misericordia se ejercita sobre la realidad en la que se encuentran los seres humanos. No la cambia por arte de magia; por el contrario, la sufre y trata de ayudarles a que la superen. Pero son ellos mismos los que deben superarla. No sería misericordia genuina sustituirlos, ya que equivaldría a decirles que no sirven, les quitaría su condición de sujeto. Y eso no puede hacerlo Dios: sería negarse a sí mismo. Compadecerse de los trabajos y miserias de los seres humanos no lo lleva a quitarles los trabajos o a ahorrarles los efectos de sus acciones. Lo lleva a permanecer con ellos en sus trabajos, dándoles fuerza con su compañía, si es que vuelven a la fe y aceptan vivir en su presencia, con él. En este sentido preciso dice la Sabiduría que la omnipotencia de Dios se muestra en su capacidad de compadecerse y perdonar (11,23). Y Ezequiel, en versos memorables: “¿Acaso quiero yo la muerte del malvado y no que se convierta y viva?”. “No quiero la muerte de nadie. Conviértanse y vivirán” (18,23 y 32).

### 2.1.4 *La misericordia lleva a Dios a liberar al oprimido*

Si Dios no quiere la muerte del malvado y por eso declaró tabú al primer asesino marcándolo con una señal para que nadie lo matara (Gn 4,15), mucho menos quiere la opresión de los oprimidos. Por eso dice a Moisés: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a liberarlos (...) Te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo” (Ex 3,7-8.10). Lo envía al faraón para que

entre en razón y los deje salir en libertad. Una y otra vez intentará persuadirlo para que los deje en libertad. No quedará por Dios ni por los que se dejan llevar por él. El faraón se obcecará y por eso él mismo se labrará su muerte. No morirá a manos de los oprimidos sino de su propia codicia, de su corazón de piedra que no se abrió a su propia carne, al reclamo de los oprimidos.

Este obrar de Dios no es excepcional. El motivo no es que sea su pueblo. Al contrario, escoge a esos grupos de esclavos precisamente por su condición desesperada. Así lo hace con los demás pueblos, por ejemplo con sus vecinos: “Si saqué a Israel de Egipto, saqué a los filisteos de Creta y a los sirios de Quir” (Am 9,7). Por eso, cuando el pueblo se aleja de la fe en el Señor, es decir cuando no acepta vivir en su presencia, portándose entre ellos como Dios se portó con ellos, y unos del pueblo oprimen a los demás y, al perder las relaciones simbióticas, se debilitan internamente y los que oprimen al pueblo tienen que ir al destierro, después de decirles que lo tienen asqueado, que está harto de ellos y que su obcecación los ha llevado a la catástrofe, cambia de tono y dice: “¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte, Israel? (...) Me da un vuelco el corazón, se me revuelven las entrañas. No cederé al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín; que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti, y no enemigo devastador” (Os 11,8-9). Lo mismo pasa con el reino del sur. También su falta de fe, la negativa a vivir en su presencia y consiguientemente la negativa a entablar relaciones de justicia y lealtad entre ellos, los debilita y acaban en el destierro. Y allí Dios les vuelve a decir: “Como a mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor; como a esposa de juventud, repudiada, dice tu Dios. Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré. En un arrebató de ira te escondí un instante mi rostro, pero con lealtad eterna te quiero” (Is 54, 6-8).

Así pues, en una situación signada no sólo por la debilidad propia de la condición humana sino por la falta de simpatía y compasión, y consiguientemente por la opresión, Dios se define por la misericordia (Ex 34,6). En primer lugar con las víctimas de los opresores. Tanto que él se caracteriza como Dios Liberador (Ex 20,2; Dt 5,6). Y precisamente porque lo es y no meramente el adalid de un grupo, también se esfuerza con todo empeño en liberar de su inhumanidad a los opresores.

### 2.1.5 *La benevolencia gratuita de Dios lleva a cultivar la misma actitud*

Para el cristianismo que Dios sea Dios no significa que él es el que

manda y como es Señor absoluto manda lo que le da la gana, y como tiene todo el poder es realista obedecerle para estar a bien con él y que no cause desgracias sino que traiga beneficios. Significa que él se relaciona gratuitamente con nosotros, por pura benevolencia y que su amor no tiene fin. Su propuesta para nosotros es que nos relacionemos con los demás seres humanos como él se relaciona con nosotros.

No es el Dios retributor, que premia a los buenos y castiga a los malos. Él tiene paciencia con ellos para que se conviertan y vivan (2Pe 3,9). Porque vivir no es un premio externo al modo de vida. Vivir es vivir como hija e hijo de Dios y como hermana y hermano de los demás. Ésta es ya la vida eterna, una vida que traspasa la muerte. Si alguien no quiere vivir así, él mismo se acarrea el fracaso, un fracaso que no lo causa Dios sino que lo sufre porque él no quiere la muerte del pecador.

Si Dios tiene paciencia con los que causan males porque espera que cambien de conducta, mucho más sufre con las víctimas de los opresores, mucho menos se resigna a su vida menoscabada, mucho más los lleva en su corazón y está con ellos para infundirles fuerzas para que puedan vivir con libertad en ese estado, y desde esa humanidad recobrada puedan trabajar para superar la opresión y llegar a una situación de justicia, sana emulación y colaboración simbiótica.

## *2.2 Jesús, revelación humana de la misericordia de Dios y paradigma humano de misericordia*

### *2.2.1 Dios con nosotros como un ser humano para nosotros*

Todo lo dicho hasta ahora constituye sólo el horizonte del misterio que proclama el cristianismo. Porque éste consiste en un acontecimiento que engendra historia, que da a la historia su fisonomía definitiva. El acontecimiento consiste en que ese inicial estar Dios con los seres humanos, que se simbolizaba en pasarse con ellos en el jardín al frescor de la tarde, desembocó por fin en el estar permanentemente con ellos, en el pertenecer a la humanidad como uno de ella, y más precisamente como un ser humano para los seres humanos. Jesús de Nazaret es Dios con nosotros (Mt 1,23), entregado a nosotros. Uno de la comunidad divina es ya para siempre uno de la comunidad humana. El Hijo eterno de Dios es tan hermano nuestro como Hijo de Dios.

Dicho desde nuestra historia, un judío de la primera mitad del siglo I,

Jesús de Nazaret, que vivió como un artesano pobre en una aldea de montaña, desde su ser de necesidades, vivió para los demás, especialmente cercano a los pobres y acogiendo a los que eran abandonados como pecadores públicos. Él proclamó la proximidad del Reino, es decir que Dios iba a ejercer su soberanía sobre su pueblo, iba a tomar posesión de él, como el esposo de la esposa, con ternura y fidelidad (Os 2,21-22). Pero lo inaudito fue que ligó esta venida de Dios a su persona (Mt 22,2;25,1; Mc 2,19; Jn 3,29; Ef 5,31-32): con sus palabras y acciones, con su presencia, él hacía presente a Dios. Lo revelaba porque en él actuaba Dios. No como si él fuera un instrumento en sus manos, ni siquiera el siervo que vive sólo para cumplir lo que le manda su señor, sino como su Hijo, como el que posee la vida del Padre porque él se la ha entregado sin medida.

### 2.2.2 *Al hacerse nuestro hermano, nos hace hijos de Dios*

Es crucial comprender que esta vida entregada toma la forma de la fraternidad radical. Jesús no es hermano nuestro como una de tantas relaciones que lo caracterizan. La fraternidad define a Jesús tanto como su filiación. Más aún, la fraternidad es la expresión de la filiación en un doble sentido: en el sentido primario de que se hace hermano porque es Hijo, porque ésa es la misión que ha recibido del Padre, y en el sentido secundario de que hacerse hermano es el modo de hacernos hijos. Dios sólo tiene un Hijo: al hacerse Jesús Hermano nuestro nos constituye hijos en el Hijo.

No es ninguna acción cultural o mística la que nos introduce en el ámbito de Dios. Si así fuera, Dios se habría revelado como el Totalmente Otro, como el Santo en el sentido de separado de lo profano. Si Dios se revela como Padre nuestro en el acto de hacerse Hermano nuestro su Hijo, Dios, el Dios de Jesús, se revela como el Dios de la humanidad, no sólo en el sentido de que la ha creado por gratuita benevolencia y que la ha creado a su imagen, es decir respectiva de él, para tener relaciones con ella, sino en el sentido preciso de que nos ha entregado, para que se haga nuestro hermano, a aquel que le hace Padre. Si las relaciones constituyen al Dios cristiano, al entregarnos a su Hijo para que se relacione con nosotros, en esa relación nos ha asociado a su comunidad. No es que nos haya hecho divinos en el sentido esencialista griego (en este sentido seguimos siendo *adam adamá*: terreno el de la tierra), sino (lo que es mucho más) que nos ha introducido en las relaciones que lo constituyen.

Ahora bien, si Jesús no es hermano nuestro de nacimiento (“por impulso de la carne ni por voluntad de varón”: Jn 1,13) sino que se ha hecho nuestro

hermano llevándonos en su corazón y entregándose a nosotros como el Padre se había entregado a él, eso significa que el ámbito del hermanamiento de Jesús no es el templo ni el culto sino la vida. En ella fundó la familia de las hijas e hijos de Dios que nos hermana (Mc 3,31-35; Jn 11,52). La fundó ante todo con su compañía fraterna que daba confianza, sostenía la esperanza, hacía levantarse de la postración, daba ánimos para llevar las cargas de la vida, alumbraba la mente para situarnos ante la vida desde la perspectiva de ese Dios que en él se acercaba como Padre materno. La fundó en suma con su simpatía y misericordia. Y así reveló al Padre como Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (2Cor 1,3).

Si éste es el modo como Jesús ha revelado a Dios, eso implica que uno no recibe esa revelación mientras no acepta la fraternidad de Jesús, lo que incluye el ejercicio de la fraternidad. Aceptar a Jesús como Hermano es aceptar a Dios como Padre. Y quien acepta a Dios como Padre hace lo mismo que hizo su Hijo único. Ejercer esa fraternidad es, lo mismo que en el caso de Jesús, nacer de Dios y practicarlo, vivir de él. Con eso estamos diciendo que el ejercicio de la simpatía y la misericordia, cuando son relaciones tan incondicionales y totalizadoras que nos definen, es la expresión primaria de las hijas e hijos de Dios, es decir de la confianza y disponibilidad absolutas que caracterizan a los hijos. Para alguien que cree que el designio del Creador sobre su creación no es externo a ella sino su realización más cabal, su perfección, esto significa que la constitución de una persona como simpática y misericordiosa equivale a su humanización cualitativa, a su consumación personal.

Veamos brevemente cómo ejerció Jesús la simpatía y la misericordia para dar el contenido analítico más preciso a estas nociones que se han revelado como decisivas para nuestra personalización y para el desarrollo humano de la familia humana.

### *2.2.3 Tuvo misericordia siendo ser de necesidades*

Lo primero que habría que recordar es que Jesús fue, como nosotros, un ser de necesidades. Ser Hijo de Dios no significó para él tener el mismo poder que adjudicamos a Dios, en definitiva poder hacer todo lo que quiera o en todo caso poder disponer a discreción del poder del Padre, que es lo que el tentador pensaba (Mt 4,3-7) y nosotros pensamos también frecuentemente.

Para explicar lo que queremos decir, vamos a fijarnos en una escena extrema: Jesús está en la cruz y sus enemigos lo desafían a que baje de ella y le

prometen que, si lo hace, creerán en él porque habrá demostrado que es Hijo de Dios. Se suele decir que Jesús estaba clavado en la cruz con los clavos del amor y por eso no podía, es decir, no quería, bajar porque eso hubiera significado abandonarnos. Este razonamiento es correcto; pero cambia completamente su sentido si además de no querer bajar no podía porque se estaba muriendo. Pues bien, para la mayoría de los cristianos, como para el tentador, el que Jesús fuera Hijo de Dios en definitiva equivale a que no era ser humano. Porque un ser humano que se está muriendo no tiene fuerzas para librarse de la tortura donde lo tienen clavado. Al contrario de lo que pensamos la mayoría de los cristianos, Jesús es un ser de necesidades, ni más ni menos que nosotros (Hbr 2,10-18). Precisamente en este punto se diferencian los evangelios apócrifos de los canónicos: en que están llenos de milagros sin ninguna relevancia salvífica, sólo desnuda manifestación de poder. Y los llamamos apócrifos porque, por esta causa entre otras, la Iglesia no reconoció en ellos su fe en Jesús de Nazaret.

Para Jesús ser Hijo es vivir del Padre, vivir de lo que Dios le da, que no son cosas sino a sí mismo. Vivir de la relación del Padre con él entraña no buscar la propia autorrealización, la propia gloria, sino estar disponible para cumplir el designio del Padre, confiando en que su vida está en sus manos. En síntesis, ser Hijo es vivir de fe, ya que la fe es esa confianza total en el otro, tan total que no busca a qué atenerse respecto de él sino que aguarda su autorrevelación. Jesús se diferencia de nosotros en que la relación entre el Padre y él siempre fue total, aunque se expresó de modo diverso conforme Jesús iba creciendo. Jesús, la persona de Jesús, vivió así completamente de Dios, aunque, como los demás seres humanos, también vivió de respirar y comer, mientras estuvo en este mundo.

Nos hemos demorado en este punto porque, como sostenía Rahner, el docetismo ha sido y sigue siendo la herejía mayoritaria de los cristianos; y porque es algo completamente distinto ejercer la simpatía y la misericordia siendo un ser de necesidades que teniéndolas cubiertas de antemano. A través de la historia de la humanidad la necesidad ha sido la principal ocasión para el desconocimiento del otro, para cerrarse a su propia carne (Is 58,7), desde la aniquilación del competidor ante bienes escasos, al sometimiento al más fuerte a cambio de la vida y la protección, como lo teoriza Hegel en la dialéctica del amo y el esclavo.

Estamos llegando a una fase nueva de la evolución de la humanidad en la que ya hay posibilidad de recursos para todos, no sólo suficiente producción sino también capacidad de distribución. Hoy el problema es el modo de

producción y de relaciones sociales que impide que esa posibilidad se materialice. Se dice con razón que no es digno de los seres humanos recibir los recursos como mera dádiva sin contribuir al conjunto social con bienes y servicios producidos por uno. Es cierto también que gran parte de la humanidad tiene que aumentar su productividad. Pero el corporativismo entronizado se niega a la transferencia tecnológica. Y además hay una gran ceguera en el presupuesto de que los llamados desarrollados nada tienen que recibir de los demás. En el caso de Jesús que nos ocupa, es cierto que él nada aportó al desarrollo de las fuerzas productivas en el sentido preciso de los bienes económicos y la organización de la producción. Tampoco en el campo de las relaciones políticas. Ni en el del saber filosófico o las realizaciones artísticas o literarias. Jesús carecía de bienes transables para competir en el mercado de su época. Y sin embargo, aun mucha gente no cristiana aceptará que contribuyó de una manera decisiva al desarrollo humano de la humanidad.

### *2.2.4 Ejercitó la misericordia desde su pertenencia a los de abajo*

Jesús ejercitó la simpatía y la misericordia con inmensa fecundidad, no sólo desde su condición de ser de necesidades sino más aún desde su pertenencia a los de abajo, no ciertamente a los que de tan abajo estaban fuera del sistema sino a las clases subalternas que eran la inmensa mayoría de la población.

Hoy con indicios tan mínimos, por no decir pintorescos, como la palabra *tekne*, utilizada para describir su oficio (Mc 6,3), se sostiene que Jesús no pertenecía a los de abajo sino que como contratista de obras gozaba de una posición holgada. Se sostiene que por cuestiones de trabajo tuvo que residir mucho tiempo, por ejemplo, en Séforis, la ciudad administrativa, altamente helenizada y que en ella asistió al teatro como lo prueba el llamar a los fariseos *hipokrites* (Mc 7,6). Hasta se fantasea que vestía elegantemente. Los que creemos en los evangelios y en la tradición seguimos manteniendo su pertenencia a los de abajo. El que sus vecinos y aun su misma familia pensarán que no había en él sujeto para profeta y lo despreciarán, parece un argumento mucho más sólido (Mc 6,1-4; 3,21). Aunque no haya que tomar el evangelio de la infancia de Lucas como narraciones históricas, sí hay que sostener su historicidad fundamental, es decir su veracidad: que a través de esas representaciones nos da las claves de su persona y misión. Pues bien, en ellas Jesús aparece como el Mesías pobre de los pobres. Eso simboliza el pesebre como señal (2,7.12.16) y la ofrenda de los pobres que sus padres ofrecen para la purificación (2,24; cf Lv 5.7).

Más aún, la percepción del mundo que traslucen las parábolas es la de un campesino compenetrado con las labores del campo y sensible a la profunda asimetría de las relaciones de producción y las relaciones sociales, que describe crudamente la dureza de los amos y magnates. No hay ningún indicio en el evangelio que haga pensar que el dejar el oficio y la familia y no tener, por tanto, donde reclinar la cabeza, haya supuesto para Jesús un desclasamiento, el ingreso en un ámbito desconocido y penoso.

Ejercer la misericordia en una situación signada por la necesidad es expresión de una inmensa libertad ya que la necesidad engendra la avidez y la avidez tiende a ponerlo todo para sí. Pero ejercerla en esa situación perteneciendo al grupo de los que cubren justo sus necesidades mínimas y por tanto ejercerla con la certeza de que lo que doy a otro es lo que necesito para mi propia vida, expresa la libertad suprema, la de dar, como la viuda (Mc 12,41-44), todo lo que uno tiene y es. Parece sensato pensar que en el dilema de la escasez antes soy yo que los demás; por eso vivir para los demás cuando no se tiene donde reclinar la cabeza (como vivió Jesús cuando salió de su casa a cumplir su misión: Lc 9,58) es vivir de fe. Es estar puesto en las manos de Dios. Ejercer la misericordia desde abajo, con libertad, no humilla al favorecido sino que por el contrario lo estimula enormemente.

La misericordia del que nada tiene no puede consistir en dar cosas. Jesús ordinariamente no dio de comer al hambriento ni de beber al sediento ni de vestir al desnudo, ni dio posada al forastero (Mt 25,35-36). Él no pudo, como el samaritano, montar en su cabalgadura al herido ni curarlo con aceite y vino, ni pagar a un posadero para que cuide de él (Lc 10,33-35). Él no pudo, como Zaqueo, dar a los pobres la mitad de su riqueza (Lc 19,8). Él no pudo hacerse amigos con el injusto dinero para que lo reciban en las moradas eternas (Lc 16,9).

### 2.2.5 *A su disposición y en su ámbito*

Él, como no tenía nada para dar, dio de sí, y dio tan completamente que se dio a sí mismo. Vivió todo el tiempo con los demás en el sentido de que formaban parte de su campo de atención, de su mundo de vida, y por eso vivió teniéndolos en cuenta, haciéndose cargo de lo que pasaba por ellos, no como curiosidad y menos aún como intromisión sino como genuino interés, que en eso consiste la simpatía. Pero su vivir abierto a los demás era mucho más radical aún: realmente estaba en todo momento a disposición de ellos; cualquiera se creía con derecho de abordarlo en cualquier momento, como que todo el mundo

tuviera derecho respecto de su persona. Y lo tenía: se había entregado a todos. Sobre todo a los pobres y a los despreciados como pecadores públicos. Y en efecto ellos, sobre todo, lo buscaban porque se sentían agraciados con su presencia: su simpatía, ese positivo inclinarse ante cada uno, sacaba a flote los tesoros escondidos de la persona, más aún los ponía a producir.

El modo más elemental y permanente de ejercer misericordia fue compartir el mismo ámbito con los necesitados, el ámbito público, que es el lugar donde están los que no poseen ni tienen acceso a zonas exclusivas. Para empezar Jesús va siempre caminando, no cabalgando un brioso corcel árabe ni en una mula lustrosa y ni siquiera en un burrito campesino. “Pasaba Jesús por la orilla del lago”, “iba de camino”, “se sentó fatigado junto al pozo”. Es en esos lugares donde habla a la gente que se va reuniendo al detectar su presencia. Viste como los demás, habla su mismo lenguaje, come lo que le dan, duerme donde le tienden una cama... La gente siente que es no sólo uno de ellos sino que está a gusto con ellos, que ha venido principalmente para ellos, que está a su alcance, que es de ellos. Y, como saben que es un hombre de Dios, en esa su cercanía sienten la cercanía de Dios. Y eso les da contento y los anima.

Hubiera sido distinto que Jesús hubiera venido como un personaje importante que se dignara bajar de vez en cuando de su territorio privilegiado adonde mora el común de los mortales, para cumplir el encargo de Dios. Le habrían agradecido, pero eso les habría certificado que Dios y los suyos pertenecen al ámbito de los de arriba, no al suyo, aunque desde arriba condescienda a tomarlos en cuenta. Es totalmente distinto hacer misericordia desde arriba a hacerla perteneciendo al mundo de los de abajo, sea por elección, sea, como en el caso de Jesús, por nacimiento y aceptación de su origen.

### *2.2.6 Liberar el pensamiento*

El primer modo de mostrar la consideración que se tiene a las personas es darles que pensar. Jesús tenía un mensaje maravilloso que comunicar a la gente: su propuesta sobre la inminencia del Reino era verdadero evangelio; pero lo hacía preferentemente con parábolas o con sentencias paradójicas. Contaba historias de la vida, aunque con una lógica tan insólita que, si las contara otra persona, pensarían que les estaba tomando el pelo; pero como sabían el respeto con que Jesús los trataba, se esforzaban en pensar qué les quería decir. Al fin comprendían que les invitaba a hacer suya esa lógica de Dios, tan opuesta a la que se estilaba en esa sociedad tan religiosa. Para Jesús ellos eran capaces

de procesar esos relatos y sacar las conclusiones pertinentes. Y haciendo ese trabajo eran llevados a ejercer una insólita libertad de pensamiento y a adquirir la plena condición de sujetos, al llegar a decidir por su propia cuenta ante ese designio de Dios que se hacía presente en sus relatos de modo tan desacostumbrado y con tanta fuerza revulsiva y liberadora.

Como se ve, la misericordia para Jesús no tiene nada que ver con ese tono dulzón y paternalista (o maternalista), tan característico de tantas ilustraciones y meditaciones piadosas sobre los evangelios. La misericordia de Jesús reta, desconcierta, desinstala, estimula, hace crecer y libera.

De manera más radical todavía las sentencias llevaban a replantearlo todo, a jugarse la vida peligrosamente, basados en la confianza absoluta en ese Dios que se entregaba tan misericordiosamente en la persona de su mensajero. Pongamos algunos ejemplos: “El que entrega la vida, la gana; el que la retiene, la pierde” (Jn 12,25; Mc 8,35), “no hace impuro lo que entra en uno sino lo que sale de uno” (Mc 7,14-15), “el que quiera ser el primero, sea el último y el servidor de todos” (Mc 9,35), “no se angustien buscando qué comer o vestir, ya sabe su Padre que tienen necesidad de eso; busquen su Reino y lo demás se les dará por añadidura” (Lc 12,22.30-31)...

Sentencias como éstas no dibujan una zona sobreprotegida donde descansar apaciblemente, no arropan; nada tienen que ver con un masaje bonachón y condescendiente. Están dirigidas a personas sobrecargadas y desesperanzadas, y Jesús las invita a una tarea descomunal. En primer lugar, a una confianza sin límites en la providencia personalizada de Dios, cuando lo que experimentan es la carga abrumadora que los de arriba han cargado sobre ellos y su desprecio y abandono. En segundo lugar invita a liberarse del sistema de pureza tal como era impuesto por los dirigentes de parte de Dios, y en vez de eso cultivar la limpieza de corazón. En tercer lugar, a liberarse de los criterios de grandeza imperantes, consistentes en buscar el propio provecho y poner a los demás a su servicio, y, en vez de eso, tratar de cualificarse al máximo para servir eficazmente y entregar libremente la vida, cuando nadie les da la suya sino que buscan quitársela.

*2.2.7 Como cree en la dignidad del carenciado no se contenta con su sobrevivencia sino que busca su plenitud humana*

La misericordia de las parábolas y sentencias de Jesús no propone mantener en vida con dádivas intermitentes al que no tiene cómo vivir sino que

consiste en invitarlo a que, desde su falta extrema de recursos, incluso desde su minusvalía experimentada y desde el desprecio sentido, se realice humanamente, llegue a la plenitud humana. La invitación parte de que la propuesta es posible y de que ellos son dignos de ella, que no merecen menos. Esta propuesta les suena convincente porque la gente advierte que Jesús sabe lo que dice y cree en lo que dice, y que en esa fe de Jesús en ellos, en ese amor que, además de dolerse de su postración, está cargado de estima, viene dada la oferta del mismo Dios: se hace presente su dolor por su sufrimiento y, no menos, su aprecio por sus personas y su fe en sus potencialidades, que no son otra cosa que las potencialidades que él siembra en ellos, y que la presencia y las palabras de Jesús incrementa hasta ponerlos a la altura de su oferta.

La misericordia de Jesús tiene en cuenta a la vez la situación de carencias y privaciones injustas, de opresión y desesperanza en que se encuentra la gente, y su dignidad de hijas e hijos predilectos de Dios. La dignidad define a las personas, no la situación en la que se encuentran, que en la mayoría de los casos es además la situación en la que otros los han puesto. El misericordioso se duele de esa situación, pero respeta a la persona, nunca pierde de vista su dignidad, que la empareja con él, y por eso mantiene una relación de igual a igual, nunca de arriba abajo. El que mira a otro desde arriba, es que se define a sí mismo por su situación, cree que ella da la medida de su grandeza, y por eso desconoce su propia dignidad personal y así no la puede ver en el otro.

### *2.2.8 Curación y salvación estimulando la condición de sujeto*

Esta atención simultánea a la necesidad y a la dignidad de la persona reluce en las curaciones que realiza Jesús. Quien acude a él lo hace movido a la vez por la conciencia de su enfermedad y el deseo de recuperar la salud, y por la fe en que Jesús puede y quiere curarlo. Jesús trata de llevar a la persona a que esa fe crezca tanto que logre la curación y que sea lo más integral posible. Su meta no es curarlo por su propia fe, de manera que el enfermo sea sólo el destinatario de la acción de Jesús, sino estimular a tal grado la confianza en que Dios se hace presente en Jesús como oferta de gracia, que la fe del paciente logre la curación. La fe es la flor de la relación personal, en este caso con Jesús y, a través de él, con Dios. Pues bien, esa relación que es el vehículo de la curación, es, más que eso, una relación que agracia, que personaliza, que salva. Por eso muchas veces, sin solución de continuidad, la expresión de Jesús “tu fe te ha sanado” equivale a “tu fe te ha salvado”.

La auténtica misericordia no se da por satisfecha con la superación de la necesidad y apunta a la personalización del necesitado, en este caso del enfermo. Por eso cuando el padre del epiléptico se queja de que sus discípulos no han podido curar a su hijo, Jesús no lo cura sin más sino que busca que el padre asuma su problema y, como respuesta a la petición que surge del fondo de su dolor, señala el camino de la fe; sólo cuando ve que la fe que el padre logra acarrear es insuficiente para que su hijo se cure, acepta su petición de unir su fe cabal a la suya deficiente. También por eso cuando los amigos del paralítico se lo ponen delante en una súplica muda, Jesús no lo cura sino que lo anima y lo perdona sus pecados, ya que sabe que en ese verse castigado justamente por Dios radica la resignación a su estado de postración. Por eso también, al encontrarse en el templo con el paralítico de la piscina ya curado, le advierte que no vuelva a pecar para que no le suceda algo peor, no, por cierto, como castigo de Dios sino como reato del mismo pecado. Por eso también no se da por satisfecho con que la mujer que llevaba doce años con esa hemorragia se haya sanado al tocar su manto, quiere que al relatar públicamente el mal que la había retraído y arruinado, la gente la tenga en adelante por una agraciada por Dios y ella se vea colmada por la fecundidad de su fe.

El caso de la cananea que le pide a gritos la curación de su hija me parece que revela muy al vivo la calidad de su misericordia. Ella lo sigue gritando; los apóstoles le piden que la atienda para que los deje en paz. Él aunque desea vivamente atenderla, no se dirige a ella porque cree que su misión no se extiende a los paganos y que por eso no puede curarla. Así se lo declara finalmente a ella; para él es una verdad muy dura y duramente se la dice a la mujer. Ella con gran perspicacia le hace ver que no se extralimita al curarla. Jesús se admira de la solución que le plantea en la que ve una inmensa fe en la bondad del Dios de Israel. Le certifica que esa fe ha curado a su hija.

Una mujer necesitada y además pagana, concibe tanta fe con lo que le han contado de Jesús y con su presencia, que descubre en él una posibilidad que él no había percibido. La misericordia pasa, tanto para Jesús como para la mujer, por la verdad, por la realidad de las cosas. Pero la fe hace descubrir posibilidades inéditas. Como se ve, es una relación mutua: Jesús siembra en la mujer la fe que sana a su hija, y la mujer ayuda a que Jesús descubra un campo para su misión que él no había visualizado. En principio podríamos razonar que qué tenía que enseñar una pagana a un profeta, más aún al enviado escatológico, al Hijo, sobre el ámbito de su misión. Y sin embargo Jesús se abrió también a ella y se quedó admirado.

*2.2.9 La proclamación fehaciente del evangelio a los pobres, cota máxima de la misericordia de Jesús*

Pero para Jesús la cota más alta del ejercicio de la misericordia es la proclamación a los pobres de la buena nueva de que el reino de Dios es para ellos. Jesús sabe que los pobres que escuchen este evangelio y crean en él son felices, aun en medio de su pobreza. En efecto, si Dios se entrega a los pobres, si se hace el Dios de los pobres, si quiere reinar sobre ellos, o, mejor dicho, en ellos, si se hace absolutamente inmediato a ellos como gracia plenificadora, los pobres, sin dejar de serlo, son los más ricos de este mundo, porque ¿qué riqueza es comparable a la presencia de Dios en uno como Padre materno lleno de amor infinito? Es verdad que Dios no es pan ni vestido ni casa ni trabajo, y no tenerlos es una tremenda desdicha; pero es Dios, el amor infinito, fuente de vida, el único que puede colmar el corazón humano.

La fe dada a este mensaje de Jesús no saca automáticamente de la pobreza, pero enaltece, agracia, estimula inmensamente, da la paz, libra radicalmente de la soledad, de esa sensación destructora de no ser nada para nadie y lleva a relacionarse libremente con Dios como el que él ha hecho su amigo y más aún a vivir con él con entera confianza. Una persona así tiene una actitud distinta ante la vida y ante los demás. Como Dios le da vida, encara la vida sin avidez, con libertad, aun en medio de su apremiante necesidad. Como él sabe que el Dios que lo ha elegido como su predilecto no excluye a nadie, puede superar el resentimiento y está ante los demás sin complejos, positivamente.

Es obvio que nada de esto es automático; es por el contrario un proceso constante entre esa vida que nace de esa relación y que aspira a modular toda la vida, y el resto de las experiencias, que de buenas a primeras no parecen muchas veces cuadrar con ella. Es una relación llena muchas veces de dramaticidad, pero que, si triunfa la fe, logra la superación y la paz.

Jesús sabe por experiencia propia que es así y por eso es el feliz por antonomasia. Por eso está perfectamente habilitado para cumplir esta misión que le ha encargado su Padre y que expresa el mayor deseo de su corazón. Por eso, mirándolo a él, muchos pobres que lo escucharon creyeron en sus palabras y por eso no querían separarse de él. Sentían que él era el sacramento de este evangelio, el que además de proclamarlo lo hacía presente.

Es oportuno recordar que según las fuentes evangélicas la gente creyó en la proclamación de Jesús y que esta fe logró levantarlos de su postración y

movilizarlos. Más aún, esta movilización es el motivo real de la condena a Jesús. No figura, obviamente, entre las causas aducidas en el proceso; pero el motivo es tan determinante que sin él no habrían matado a Jesús. En este sentido es muy verosímil la sesión del sanedrín que incluye el cuarto evangelio en la que la cuestión planteada es qué hacer con Jesús ya que “si dejamos que siga, todos van a creer en él” (11,48). De hecho, cuando deciden su muerte, no se atreven a arrestarlo en la fiesta porque el pueblo formaba a su alrededor un verdadero escudo humano. Por eso lo arrestan en la noche, a traición, y se apresuran para que cuando los peregrinos van entrando en la ciudad se encuentren con que ya no pueden hacer nada porque lo sacan a crucificar (Lc 23,27.48).

No me parece aventurado decir que no pocas veces se liga el ejercicio de la misericordia a ayudas concretas a quienes las necesitan y no tanto a la proclamación de que Dios se quiere entregar a los pobres para ser él su riqueza. Tal vez el problema venga de dos fuentes: la primera lo que nos impresionan las nuevas pobrezas, por las carencias tan agudas, por ejemplo de desnutrición y enfermedades de pobres, y sobre todo por la pérdida tan abrumadora de la condición de sujeto. Todavía en las primeras décadas del siglo XX en Venezuela (y en toda Latinoamérica y en gran parte del mundo) vivía mucha gente cubriendo justo las necesidades mínimas, pero no se sentían pobres, les parecía que tenían lo que necesitaban y que vivían humanamente, que, dentro de las condiciones en que vivían, que eran las únicas que conocían, podían desarrollar su humanidad con plenitud. Claro está que había mucha mortandad y a veces relaciones sociales denigrantes, pero fundamentalmente la gente alcanzaba la condición radical de sujeto humano. Ahora, la mayoría de los pobres han visto cómo viven en otras partes del mundo y de su país, incluso de su ciudad, y por eso tienden a considerar denigrante su estado de vida. Además, y esto es lo más importante, se ha dado solución de continuidad en sus creencias y su concepción del mundo y de la vida, y ya no le hallan sentido a lo que viven y por eso han perdido motivación para vivirlo.

Desde el horizonte de la dirección dominante del occidente mundializado se asume que con una ayuda económica sostenida y una inducción para que tomen en sus manos el desarrollo va a llegar un momento en que estos pobres lleguen al despegue y dejen atrás su condición de pobreza. No se percibe que hay que ayudarlos más aún a rehacer su horizonte vital para que la motivación sea lo suficientemente profunda, sostenida y coherente.

La segunda causa de que la evangelización de los pobres (en el sentido preciso de que Dios quiere reinar en ellos) no sea practicada por muchos

cristianos como ejercicio genuino de misericordia, radica en que no están convencidos de que esa proclamación sea tan crucial para ellos ni los enriquezca tan sustancialmente ni sea una palanca eficaz para poner en movimiento todo lo demás. Esta falta de motivación para este ejercicio de la misericordia, específicamente cristiano, no puede derivar sino de una falta de fe en lo que sana, libera, enaltece, dinamiza y plenifica el vivir con Dios, que se entrega como gracia.

Es verdad que forma parte del evangelio la orden de Jesús a sus seguidores: “denles ustedes de comer” (Mc 6,37). Jesús no admite la división entre lo espiritual y lo material; ambas son esferas humanas, campos imprescindibles para que se dé vida humana. Y así lo vienen practicando los cristianos a lo largo de la historia. Pero el carácter unitario del ser humano mueve a pensar que lo decisivo es llegar hasta el núcleo motivador de la persona. Precisamente hasta allí han llegado los cristianos que la ejercen: si no hubieran escuchado el reclamo del Señor al que se han entregado, no se hubieran movido tan creativa, eficaz y perseverantemente a prestar esa ayuda. Pues bien, ¿por qué entregar sólo el resultado de su movilización y no también y sobre todo su fuente?

### **Sintetizando**

Hasta ahora hemos desarrollado dos puntos: El primero es el significado de la misericordia y su sentido, es decir su valoración y el puesto que ocupa en la vida humana. El segundo, el lugar de la misericordia en Dios y en su designio, y en la vida y persona de Jesús. En el primer punto hemos establecido la necesidad impostergable de la misericordia en la vida humana y, más que en cualquier otro momento de la historia humana, en nuestra época de grandes concentraciones humanas y de mundialización; pero a la vez hemos constatado su enorme dificultad. El segundo punto nos ha llevado a la consideración conjunta de la simpatía y la misericordia, y nos ha aportado también importantes elementos para perfilar el contenido de la misericordia. Sinteticemos lo que hemos descubierto de Dios y de Jesús y luego lo que aprendimos sobre el ser humano. Lo hacemos en este orden porque el ser humano ha sido creado a imagen de Dios, y Jesús de Nazaret es la revelación cabal de la humanidad del ser humano.

En una situación signada por la opresión, Dios se define por la misericordia. En primer lugar con las víctimas, tanto que se caracteriza como Dios Liberador. Y porque lo es, se esfuerza también en liberar de su inhumanidad a los opresores.

El colmo de la misericordia divina se da al enviar a su Hijo único para que, haciéndose nuestro Hermano, nos hiciera hijos suyos. Por eso (para nosotros como para Jesús) la expresión de ser sus hijos es hacernos hermanos de todos. Jesús nos mostró la calidad de su misericordia, a la vez que su libertad cabal, al vivir para nosotros siendo un ser de necesidades y viviendo a nivel de las necesidades mínimas. Él, como no tenía cosas para dar, dio de sí, y tan completamente que se dio a sí mismo. Vivió abierto a los demás, a disposición de ellos y en su ámbito. Jesús ejerció su misericordia dando que pensar: él creía que la gente era capaz de procesar sus sentencias y relatos tan paradójicos y de constituirse plenamente en sujetos al responder a Dios que los interpelaba a través de ellos. La misericordia de las parábolas y sentencias y en general de la práctica de Jesús tiene en cuenta a la vez la situación de carencias y su dignidad de hijos predilectos de Dios, pero sabe que las personas se definen por la dignidad, no por la situación en que se encuentran. Para Jesús la cota más alta del ejercicio de la misericordia es la proclamación a los pobres de la buena nueva de que el reino de Dios es para ellos. Dios no es pan ni vestido ni casa ni trabajo, y no tenerlos es una tremenda desdicha; pero es el único que puede colmar el corazón humano. La fe dada a este mensaje de Jesús no saca automáticamente de la pobreza, pero estimula inmensamente. Jesús sabe por experiencia que es así y por eso es el feliz por antonomasia.

Sobre el ser humano aprendimos, que la misericordia es expresión primaria del amor al ser humano, si se da auténtica simpatía: un ser de carne que no tiene el corazón de carne, porque lo cierra a su hermano, está deshumanizado. En un mundo marcado por la opresión, la misericordia se practica ayudando a que se liberen los oprimidos de su yugo y los opresores de su carácter de tales. La misericordia no propone mantener en vida con dádivas intermitentes al que no tiene cómo vivir sino que consiste en invitarlo a que, desde su minusvalía experimentada, llegue a la plenitud humana. La misericordia no se da por satisfecha con la superación de la necesidad y apunta a la personalización del necesitado. El misericordioso se duele de la situación de necesidad, pero nunca pierde de vista la dignidad del necesitado, que le empareja con él, y por eso mantiene una relación de igual a igual, nunca de arriba abajo. Por eso expresa misericordia de más calidad el que la hace perteneciendo al mundo de los de abajo que el que la ejerce desde arriba.

### **3. El espíritu no aporta contenidos nuevos sino hace que acontezcan y con prestancia**

Hasta ahora hemos considerado la misericordia, tanto la de Dios y Jesús como la de los seres humanos. Pero no nos hemos referido al Espíritu Santo. Pudimos haberlo hecho, pero nos parecía que el camino recorrido ofrecía más claridad. ¿Por qué? Porque la introducción del Espíritu no añade ningún contenido nuevo sino que hace que acontezca todo lo dicho hasta ahora y le otorga la calidad que ostenta: adecuación, prestancia, unción.

Tratemos de aclararlo con la metáfora gramatical: así como podemos decir que Jesús es un sustantivo y, aunque más aproximativamente, también entendemos que lo es Dios, del Espíritu tendríamos que decir más bien que es verbo. De Dios en general decimos que es pura actualidad; pues bien, el Espíritu sería la actualidad de Dios. El Espíritu no se encarna. El Espíritu como es espíritu, lo que hace es soplar, mover, alentar, animar. De ahí el símbolo del viento que sopla donde quiere y oyes el ruido, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va (Jn 3,8). Sopla donde quiere: es libre, soberano, Señor. No sabes de donde viene ni adonde va porque mantiene siempre su condición trascendente, no es un ser mundano al lado de los otros. Uno puede dejarse llevar por ese impulso o resistirlo, porque el Espíritu, que es libre, requiere también la libertad humana y la suscita (2Cor 3,17). Pero no es un viento exterior que se siente en la piel; el Espíritu mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro. Su trascendencia es desde la inmanencia. Íntimo es lo más adentro posible, en este caso no lo más adentro nuestro sino lo más adentro de nosotros mismos a lo que nosotros podemos llegar. Más adentro hay una zona (digámoslo así) en la que sólo habita, mejor, en la que alienta, el Espíritu. En este sentido dice Pablo que somos templos del Espíritu Santo (1Cor 3,16;6,19) y por eso nos avisa que procedamos guiados por el Espíritu (Gal 5,16), que nos llenemos de él (Ef 5,18), que no lo irriteamos (Ef 4,30), que no lo apaguemos.

#### *3.1.1 Jesús impulsado por el espíritu y el espíritu personalizado por Jesús*

Para no alargar mucho el argumento consideremos primero el Espíritu en Jesús y luego lo consideraremos en los seres humanos. Del Espíritu en Jesús hablan, por supuesto, todos los evangelios, pero de manera muy especial Lucas y el cuarto evangelio. Iremos desde lo que se manifiesta al misterio que es su fuente. La primera manifestación ocurre en el bautismo (Mc 1,9-11). Esta

manifestación tiene tal contundencia y transforma de tal modo la vida de Jesús que llevó a los primeros herejes a concebir a Jesús como un ser humano común y corriente sobre el que descendió el Espíritu en el Jordán con el que reveló a Dios y realizó su designio y que, una vez realizado, lo abandonó de nuevo en Getsemaní. Si la epilepsia fue interpretada como que entraba un espíritu en la persona, lo agitaba y luego lo dejaba, el paso del anonimato de Nazaret a las palabras y obras divinas del ministerio, y el paso consiguiente de ellas a la ignominia de la pasión, también podía interpretarse de ese modo.

Pero esa interpretación no hace justicia a los datos. El Espíritu Santo no se enseñorea de Jesús desplazando su personalidad. En este sentido preciso no lo posee. Hay sin duda una alteridad, pero también una compenetración: Jesús sigue el impulso del Espíritu y el Espíritu es una característica del obrar de Jesús. El Espíritu potencia a Jesús y Jesús personaliza al Espíritu. Jesús es una persona, un cuerpo, completamente poseído por el Espíritu, y a la vez el Espíritu es completamente moldeado por Jesús. Lucas subraya cómo Jesús obedece el impulso del Espíritu al ir al desierto y al dirigirse a Galilea a enseñar, a curar y a liberar de malos espíritus, y cómo ora al Padre movido por la alegría del Espíritu Santo. Marcos recalca la autoridad de Jesús, así como la fuerza sanadora que nace de él y en general los sinópticos se refieren a la energía que irradia su persona. Y hay que recalcar que *dynamis* (fuerza) y *energeia* (energía) son nombres dados a la actuación del Espíritu: fuerza sanadora y liberadora, dinamismo creador, energías de vida.

El Espíritu en los evangelios aparece alternativamente como Espíritu de Dios que Jesús obedece, y como el Espíritu de Dios del que Jesús dispone y actúa como si fuera suyo, pero no para su autoglorificación sino para cumplir los designios del Padre. El Espíritu es de Jesús como de Dios. Incluye la fe y la obediencia; pero precisamente por eso, porque no se lo quiere apropiarse, aparece como saliendo de él, como suyo: porque él es del Padre; pero como el Padre es suyo, también lo es el Espíritu. Aquí, como se ve, suyo, tanto si se refiere al Padre como a Jesús, no indica apropiación sino todo lo contrario: don, el don del Padre que hace a Jesús Hijo y el don del Hijo que hace a Dios Padre.

La relación de Jesús y Dios no es un cara a cara ensimismado. Si el encuentro se diera en el Padre, Jesús sería absorbido por él, estaríamos en el docetismo; si aconteciera en Jesús, él se tragaría a Dios, sería la muerte de Dios y la absolutización de Jesús. Pero el encuentro de ambos se da **en el Espíritu**, es un encuentro en el que cada quien sale de sí; por eso caben ambos y caben como afirmados y puestos recíprocamente, como entregados, es decir

de algún modo negándose cada quien y siendo recibido y puesto por el otro. Ahora bien, **en el Espíritu** no es ningún lugar sino la acción de amarse y de ponerse.

Como esta transitividad (que es lo que designa que la mutua entrega de Padre e Hijo acontezca **en el Espíritu**) no es ensimismada sino extática, en ella cabemos también nosotros: la acción de vaciarse y entregarse se abre para ser también la acción de entregársenos. La entrega de Jesús a nosotros que nos hace sus hermanos y que se revela como la entrega que Dios nos hace de su Hijo, sucede **en el Espíritu**: en ese amor que los saca de sí y los constituye.

### *3.1.2 Jesús, el hombre del espíritu, el hombre que venía de Dios*

Así pues, hemos asentado que en la vida de Jesús se da una dialéctica de recepción del Espíritu y de disposición de él: Jesús posee el Espíritu de Dios como espíritu propio, y cuando actúa desde lo más hondo de sí, lo hace desde el Espíritu de Dios. Pero ¿desde cuándo se da en Jesús este trasvasamiento que lo constituye? Para comprenderlo hace falta regresar al acontecimiento del bautismo. Lo que aparece a primera vista es que Jesús se mezcla con los pecadores y como un pecador más va a recibir el bautismo de penitencia para el perdón de los pecados. Pero no es un miembro más del conjunto. Está con los demás haciendo cuerpo con ellos, no simplemente al lado de ellos. Y puede hacer cuerpo con ellos precisamente porque no es como ellos. Puede confesar los pecados en primera persona de plural, precisamente porque no puede confesarlos en primera de singular. Como no es pecador, tiene el poder de cargar con los pecadores. Como no está dominado por alguna forma de debilidad y egoísmo, puede actuar en él con toda su fuerza la misericordia que le hermana con los pecadores.

Surge entonces una pregunta: el llegar a ser nosotros y no sólo yo, persona plena y no sólo individuo ¿es una pretensión ilusoria o una verdadera realidad? La respuesta la da la teofanía. Se abre el cielo porque Dios ha aceptado la petición de perdón de Jesús. Sobre él se posa el Espíritu manifestando que lo acontecido tiene el sello de las obras de Dios, que ha sido hecho, por tanto, por su inspiración y con su prestancia, que revela al Espíritu de Dios, que coincide con lo que Dios tiene en su corazón. Por eso la voz del que no tiene figura lo proclama su Hijo: con eso está diciendo que lo que acaba de hacer sólo lo puede hacer su Hijo y que al hacerlo constituye a Dios como Padre de aquellos con los que se ha hermanado. Por eso lo proclama elegido, elegido para la

misión de historizar lo que acaba de realizar intencionalmente: para proclamar e incoar el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, que eso es lo que significa el Reino.

Así pues, el acontecimiento del bautismo revela que Jesús vivía animado por el Espíritu Santo, que lo secundaba y que lo poseía tan íntimamente que en verdad era su Espíritu. Este misterio de su persona lo revela Lucas al decir que Jesús fue concebido porque el Espíritu de Dios cubrió a María y por eso el que nació de ella sería llamado con razón Santo, Hijo de Dios. Santo quiere decir perteneciente a Dios, ungido por su Espíritu: el hombre que venía de Dios.

### 3.1.3 *Caracterización del mesianismo de Jesús*

¿Y para qué lo ungió el Espíritu? Lo ungió como Mesías, pero no al estilo de David. En este sentido el descendiente de David no será su hijo y por eso con razón David lo llama su Señor (Mc 12,35-37). Ha sido ungido ciertamente, como él (1Sm 16,13), para liberar, pero no a la nación sino a los pobres, a lo que estaba perdido, y no por las armas sino por la fuerza desnuda de su humanidad filial y fraterna.

**En el Espíritu** significa, pues, con la fuerza del amor, que es más fuerte que la muerte, pero una fuerza constructiva, exclusivamente constructiva, creadora y que por eso no se impone sino que da libertad a la persona amada; una fuerza discreta, que no avasalla sino que se ejerce desde abajo, potenciando a los necesitados; una fuerza también desarmada, que vence al mal, no con sus mismas armas sino a fuerza de bien, pero que por eso parece debilidad. **En el Espíritu** significa con simpatía, con misericordia, con responsabilidad.

Quiero referirme a un punto que entraña la unción mesiánica del Espíritu: Jesús vino no sólo a hacer el bien sino a luchar contra el mal. La misericordia, tal como la practicó Jesús incluye de modo insoslayable la lucha contra el mal. Éste es un punto que hoy se intenta hacer pasar desapercibido. Y sin embargo es tan imprescindible en la concepción que Jesús tenía de su misión que cuando comprendió que, si seguía practicándolo, lo acabarían matando, no cambió de camino y prefirió la muerte, a lo que percibía como infidelidad y, no menos, como falta de misericordia, ya que, como vimos, la misericordia incluía dar que pensar a los oprimidos para que se liberaran de la cautividad ideológica del sistema, y desenmascarar como meras producciones humanas lo que se trataba de imponer como dictado por Dios (Mc 7,9).

Naturalmente que Jesús obró con suma sagacidad de manera que se ocultaba y sólo aparecía entre multitudes que con su fervorosa adhesión le servían de escudo (Mc 7,24; 8,27; 9,30; 10,1; 11,11; Jn 4,1-3; Mt 14,12-13; Jn 7,1.10;10,39-40; 11,53-57; 12,18-19.36). Además por su congruencia vital sus enemigos no pudieron desacreditarlo; y como aceptó la lucha ideológica y pudo responder a las cuestiones que le proponían y a las trampas que le tendían desde la radicalidad trascendente en la que se fundamentaba la condición de pueblo de Dios, tampoco pudieron desautorizarlo.

Jesús luchó contra el mal fungiendo como un dirigente distinto, con lo que ponía en evidencia la mala calidad de la dirigencia establecida. Lo hacía liberando la mentalidad de la gente de la cautividad de una falsa sacralidad: inspiraba en la gente la fe en un Dios digno de confianza en el que puede apoyarse la vida, con lo que ya no la recibían del sistema y por tanto no se definían por él, eran libres de él, podían vivir con otra lógica. La lógica que proponía Jesús consistía en no descargarse unos en otros, como los de arriba se descargaban en ellos, sino llevar cada uno sus cargas y ayudarse unos a otros a llevarlas. La gente captaba que Jesús proponía todo esto con la densidad, con la fuerza tranquila y constructiva del Espíritu de Dios y por eso creía en él y aceptaba su liderazgo.

### 3.1.4 *El tiempo del reino como tiempo del Espíritu*

Jesús no pretendía sustituir a la dirigencia establecida, en ese sentido no era un competidor: él no pretendía ser un funcionario como los maestros de la ley ni fundar un partido como los fariseos ni, obviamente, erigirse como sumo sacerdote. Él llevaba a la gente a un tiempo nuevo en el que esas funciones quedarían transformadas, disminuidas, y en todo caso desacralizadas. Era el tiempo que profetizaron los profetas del exilio en el que la ley y los profetas serían sustituidos por la inmediatez del Dios de la alianza. Por de pronto no harían falta maestros porque Dios iba a meter la Ley en los corazones de manera que lo que saliera de lo más hondo y genuino de la persona fuera precisamente lo que Dios manda (Jr 31,31-34). Pero para eso se necesitaba previamente cambiar los corazones de piedra en corazones de carne, rectos y misericordiosos. Dios no podía obrar este cambio por arte de magia. Por eso, para lograrlo, iba a hacer dos cosas: la primera, perdonar radicalmente sus pecados y así conocerían experiencialmente a Dios, es decir su misericordia (Jr 31,34b). La segunda, poner su Espíritu en sus corazones (más adentro que lo íntimo suyo) para que los mueva a obrar el bien (Ez 36,26-27).

La gente que escuchaba a Jesús comprendía que él inauguraba ese tiempo nuevo porque, en efecto, tenía el designio de Dios en su corazón y porque, más integralmente aún, era el hombre del Espíritu. Por eso también, aunque se supone que cumplía con el templo como cualquier israelita recto, no necesitaba de su mediación, ya que adoraba al Padre en Espíritu (Jn 4,24). Más aún, no sólo no se conserva ninguna indicación de Jesús sobre el lugar del templo en el Reino que él anuncia e inicia, sino que de hecho él se comporta como esa mediación de Dios, una mediación personal, mediación como disponibilidad, como entrega, como inmediatez.

### 3.1.5 *Luchar contra el mal con la fuerza del Espíritu*

Ahora bien, ese combate contra el mal, esa lucha contra las fuerzas que oprimen por su carácter fáctico, compulsivo, que no proponen sino que se imponen bajo la amenaza de la liquidación del que no se someta, lo llevó a cabo Jesús hasta las últimas consecuencias, con la fuerza del Espíritu. El chantaje de esas reglas de juego opresoras consiste en que no jugar su juego equivale a la muerte. Las palabras de Pilato a Jesús lo expresan perfectamente: “¿Te niegas a responderme? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte? (Jn 19,10). Excluirse del juego, no acatar sus reglas y en definitiva a sus personeros, equivale a excluirse de la vida porque ellas son el camino de la vida y ellos tienen la llave. No plegarse a sus dictados es morir.

Es lo que perciben los israelitas en el desierto: allí se ven sin duda libres del faraón, pero también carentes de vida. No ven más opción que sometimiento y vida o libertad y privación de elementos para vivir. La liberación se les aparece vacía. No es para ellos ninguna salida. Y es verdad que es un camino impracticable sin la libertad que da la fe, porque o se perece en el desierto o se invade otra tierra para repetir la historia.

Esto es ni más ni menos lo que según el orden establecido ha quedado asentado en América Latina después de las décadas de revolución, entendida en el sentido de lucha denodada por la transformación de las reglas de juego por otras más incluyentes y dinámicas. No hay más salida, se nos dice, que la occidentalización integral en condición subalterna. Cualquier otro camino conduce al suicidio. Esta propuesta es durísima, pero es la única viable. Esta propuesta societaria contiene a su vez una propuesta antropológica: el único modo de ser humano que tiene futuro es el *homo oeconomicus*, que es un individuo privado que se mueve siempre buscando la maximización de la ganancia de tal manera

que se define por esa tendencia. Si uno no quiere investirlo, nadie lo va a obligar, pero se queda sin posibilidades: no va a acceder a un empleo cualificado y por tanto no va a poder adquirir los productos que necesita y desea.

¿Cómo libera Jesús a los que por temor a la muerte pasaban la vida entera como esclavos (Hbr 2,15)? Considerando que la muerte, cualquier tipo de muerte, desde la muerte pequeña del ridículo hasta la de ser criticado o dejado de lado o quedarse solo o verse sin seguridad económica o ser inhabilitado o preso o asesinado, no es lo último. Y por tanto que no hay por qué aceptar las condiciones que nos pongan para no llegar a ese estado de nulificación. Lo último e irreparable es privarnos de aquello que es la fuente de la vida. La vida verdadera, la auténticamente humana, es la vida de Hijo y Hermano, que es la vida en el Espíritu. Si vivimos en el Espíritu, tenemos vida aunque se burlen de nosotros o nos desprestigien o nos aíslen o nos excluyan.

Cuando Jesús decide dejar su trabajo y salir de su familia para dedicarse a la misión de fundar la familia de las hijas e hijos de Dios, sabe que se queda sin piso. Si no tiene de qué comer o dónde reclinar la cabeza, se muere de angustia, si no está en manos de Dios. Pero como sí vive de fe, vive en el Espíritu: en la fuerza que da ese amor del Padre y ese amor suyo al Padre. Esa fuerza lo capacita para aguantar los días sin comer y las noches sin techo. Pero más aún, le hace tan fehaciente que encuentre ordinariamente gente que dé fe a su propuesta, y así el que se pone en manos de Dios, se pone también en manos de los que por su testimonio y palabra se ponen en manos de Dios. El Espíritu de filiación se historiza como Espíritu de fraternidad, y los hermanados en el Espíritu le posibilitan vivir. La propuesta de Jesús es, pues, la fraternidad de las hijas e hijos de Dios.

Es cierto que la propuesta de Jesús funciona: Jesús pudo vivir a plenitud y otros muchos encontraron vida y vida realmente humana. Pero ¿qué pasa cuando el sistema corta la propuesta y condena a Jesús a muerte? ¿Dónde queda ahí el poder del Espíritu? Ahí precisamente es donde reluce con la máxima energía. Reluce al no vivir la pasión como víctima. Sí es víctima en cuanto que lo apresan a la fuerza y lo matan en la tortura. No lo es a nivel antropológico, en cuanto que no lo reducen a la contracara de los victimarios. A este nivel la víctima es un ser pasmado de miedo y en ese sentido a merced de sus enemigos, modelado por ellos, vaciado de humanidad. Jesús no es víctima de ese modo ya que vive la pasión desde sí mismo: con libertad.

Eso es lo que percibe el romano que comanda la ejecución y por eso lo

proclama Hijo de Dios (Mc 15,39). En efecto, él sabe cómo mueren los torturados en la cruz: o entregados a la muerte, esperando únicamente que acabe ya todo o maldiciendo a sus enemigos, entregados a la rabia impotente. Sin embargo en la cruz Jesús sigue siendo el mismo, sigue su vida hasta culminarla, dominando su morir como había sido señor de su vida. Pero no muere con altanería, con autosuficiencia, encerrado en sí mismo. Muere absolutamente abierto, culminando su apertura vital. Abierto a su Padre y por eso sintiendo su abandono, doliéndose de él, pero más aún remitiéndole a él su abandono. Si hasta el sentimiento de abandono puede valer como motivo de relación con él ¿qué podrá separarlo de él? De este modo en la cruz se consume como Hijo. Abierto igualmente a los hermanos: ante todo llevando en su corazón a todas las víctimas, muriendo no como una víctima más sino como su hermano; llevando consigo a todo el pueblo, sobre todo a esas mujeres solidarias que se golpean los pechos en señal de protesta contra la autoridad; llevando también a esas discípulas que lo han seguido hasta allá. Lleva consigo al pueblo fiel y a la vez se siente confortado por su presencia. De ambas maneras se realiza como Hermano en esa hora suprema. También lleva a sus discípulos que lo han abandonado y que en ese momento se han quedado pasmados: sin saber cómo compaginar esa fuerza de Dios de que le creen portador con lo que captan como debilidad y derrota. Pero la medida del poder de su amor misericordioso la da el llevar también en su corazón a quienes lo están asesinando.

Jesús se está muriendo, no tiene fuerzas para respirar y se desangra. ¿De dónde saca la fuerza para morir como Hijo y Hermano? Muere en la fuerza del Espíritu, que en ese momento se define definitivamente como Espíritu de Hijo y como Espíritu de Hermano. Comenzamos diciendo que el Espíritu no aporta ningún contenido nuevo, pero que hace que acontezcan con prestancia. Nunca tan claro como en este momento supremo. El Espíritu hace que acontezca Jesús como Hijo. Hacer que acontezca no implica ningún sentimiento de cercanía que contraste con el abandono sentido sino el desnudo acontecer como Hijo y por tanto puesto en las manos del Padre cuando no hay ya espacio para sentir porque todo se acaba. El Espíritu hace también que acontezca Jesús como Hermano: que no se enrolle sobre sí para conservar el último hilito de vida que le queda sino que muera abierto a los seres humanos, entregado a ellos.

Como vemos, el Espíritu hasta el último instante impulsa a Jesús. Pero a su vez Jesús dispone del Espíritu, sobre todo dispone en este momento supremo: se consume como Hijo porque muere entregando el Espíritu al Padre y se consume como Hermano porque muere entregando el Espíritu a todos los seres

humanos.

De este modo vence Jesús sobre el mal. El mal consiste en autocentrarse y en intentar ponerlo todo para sí. Al autocentrarse autárquicamente se pierden las relaciones simbióticas y el individuo se despersonaliza, y al buscar por todos los medios mediatizar a los demás, les arrebatamos medios de vida y la condición de sujeto. Jesús vive, por el contrario, relacionándose, entregándose y recibiendo también la vida, y muere entregándose y entregando la fuente de su vida, y esperando con fe en la respuesta del Padre y de los hermanos. Vive y muere libremente, una libertad que engendra vida, es decir vive y muere en el Espíritu. Y al morir entregándonos su Espíritu, nos capacita para superar como él el mal. Vamos a explicar este punto.

### *3.2.1 El Espíritu de Jesús capacita para seguir su misión, invistiendo su humanidad*

Si continuamos el mismo método de ir de la manifestación a la fuente del misterio manifestado, así como antes nos centramos en el bautismo, ahora tenemos que comenzar por Pentecostés. Lo decisivo en este episodio no es el ruido como de terremoto ni el viento impetuoso ni el que la predicación fuera comprendida por gente de diferentes culturas como dicha en sus respectivas lenguas. Estas manifestaciones son meros signos. Dirigen la atención a lo verdaderamente insólito y trascendente: al cambio operado en los discípulos. Muchos los conocían: los habían visto alrededor de Jesús como comparsas o, peor aún, como entusiastas sin fundamento, pretendiendo revestirse como por ósmosis de la consistencia de Jesús, sólo porque eran de su grupo. Esa falsa sensación de consistencia se esfumó en la pasión: lo habían abandonado, uno había llegado hasta negarlo e incluso otro lo había vendido a sus enemigos. De todos modos para los que no los conocían era claro que su presencia denotaba a gente menuda atendida a sus asuntos, sin preparación, cualidades ni prestancia para hablar en público. Y sin embargo, ahora aparecían ante sus ojos como dotados de autoridad. Hablaban de la resurrección de Jesús con la misma fuerza tranquila de Jesús, con su mismo Espíritu.

Fue un punto que les resultó particularmente evidente a las autoridades judías cuando comparecieron Pedro y Juan ante el sanedrín. Se dirigían a ellos con la consistencia de hombres públicos, hablaban no como fundamentalistas sino con una seguridad libremente poseída y razonable, con una fuerza que no podía ser sino trascendente, ya que era evidente que eran iletrados e idiotas

(Hch 4,13). Por esa evidencia los respetaron y no se atrevieron a actuar contra ellos.

Lo mismo pasó con su comportamiento en el grupo: los que mientras vivió Jesús rivalizaban constantemente pretendiendo ser el más importante y ocupar los primeros puestos en el Reino venidero, aparecían con un solo corazón y un solo espíritu y aprendieron a resolver los conflictos dando lugar a la diferencia y reconociéndola (Hch 6,1-6; 11,19-26; 15,1-31)

Esa evidencia se consolidó entre la gente al oírles predicar sobre Jesús con su misma autoridad y al verles realizar sus mismas señales milagrosas (Hch 5,12-16), así como por el comportamiento digno y carismático de la comunidad.

Era claro que el Maestro injusticiado, del que sus discípulos decían que Dios lo había resucitado, había derramado sobre ellos su mismo Espíritu. Él verdaderamente había llegado al Padre y les había enviado al Espíritu desde el Padre (Jn 16,7) o allí había rogado al Padre que les enviara el Espíritu (Jn 14,16-17). El hecho es que los discípulos aparecían con la misma fuerza del Maestro, con su dinamismo constructivo, con sus energías de vida renovada, con su mentalidad, con sus actitudes. No es que se habían tragado al Maestro, de ningún modo lo estaban suplantando, no eran tampoco muchos Maestros reproducidos en serie. No, seguían siendo sus discípulos. No se predicaban a sí mismos sino al Maestro. Pero lo hacían con su misma prestancia, con su Espíritu, que los capacitaba para proseguir su misión, la que el Padre le había confiado y a la que él los había enviado. El Espíritu no aportaba novedad inédita, por el contrario les iba desvelando el misterio de Jesús (Jn 14,26); pero a su vez les permitía no quedarse en el pasado ya que les interpretaba a la luz de Jesús lo que iba viniendo, posibilitándoles el seguimiento creativamente fiel (Jn 16,12-15).

### *3.2.2 El Espíritu en las comunidades libera la libertad posibilitando nuevas relaciones*

Pablo, desde su experiencia y la de sus comunidades percibe que la acción del Espíritu lleva de la esclavitud de la letra a la libertad respecto de la Ley, una libertad constructiva. El Espíritu capacita para llevar a cabo el bien que se quiere: libra de la esclavitud de la carne, que es el encerramiento en el propio orgullo, en el egoísmo, en la concupiscencia. El Espíritu nos hace seres humanos nuevos, nueva humanidad, cuerpo de Cristo. La raíz de esta novedad, explica Pablo, consiste en que el Espíritu, da acceso a Dios: ora en nosotros con gemidos

inenarrables, nos sostiene para no recaer en el temor sino alcanzar la confianza ilimitada que da la condición de hijos de Dios (Rm 8,15-17; Gal 4,6-7).

El Espíritu es el que causa en la Iglesia la unidad en la variedad mediante el ejercicio de los carismas, participación que es ejercicio y camino de comunión. Así las diferencias de varón y mujer, griego y bárbaro, judío y gentil y esclavo y libre no son motivo de discriminación (Gal 3,28) ya que el esclavo es libre en Cristo y el libre siervo de Cristo, el que no era de religión judía es llamado a compartir la misma elección y bendición del judío, y el bárbaro tiene la sabiduría espiritual que no conocen los sabios de este mundo, y el varón y la mujer tienen que amarse y respetarse mutuamente. La comunidad aparece así como el embrión de una humanidad renovada, esa nueva humanidad del tiempo del Espíritu.

Así pues, la liberación que operó el Espíritu no consistió en una lucha por el poder político para desde él trasformarlo todo por la fuerza de las armas, convertidas en ley desde el Estado. No consistió tampoco en inspirar una revolución tecnológica que trasformaría las condiciones de vida de la humanidad, como lo hizo la revolución neolítica, que para los que la vivieron generó un modo de vida tan superior a la antigua, que no llegaron a considerar plenamente humanos a los que no habían pasado por ella. Consistió en una regeneración humana, en una liberación de la libertad que hizo nacer al sujeto humano de un modo inédito. Por eso la persona es una noción específicamente cristiana.

### *3.2.3 El Espíritu constituye en hijos de Dios y hermanos*

La fuente de esta transformación es sin duda la constitución de los seres humanos en hijas e hijos de Dios. No sólo que Jesús, el Hijo único de Dios, llevándonos en su corazón, nos asociaba a su condición de Hijo sino que, al enviarnos su mismo Espíritu, ponía en nosotros mismos (más adentro que lo íntimo nuestro) al Espíritu de hijos con lo que todos adquiríamos el derecho a decir como él, *Abba*, Papadios. Aceptarnos como hijos, como hijos verdaderos, no como si fuéramos hijos, al estilo, por ejemplo, de la profecía de Natán: “yo seré para él como un padre y él será para mí como un hijo” (2Sm 7,14), sino como hijos auténticos que viven del Espíritu de su Padre, nos libra del temor que Dios siempre ha inspirado a los seres humanos, y nos libra, también por consiguiente de la propensión polar a la rebeldía para constituirse en seres autárquicos. Nos libera también de la avidez que engendra la condición humana, signada por la necesidad y abocada a la muerte. Si somos hijos, estamos en las manos de nuestro padre Dios y podemos vivir con la confianza en que no nos

dejará desamparados y sobre todo con la certeza de que él es nuestra vida: su amor misericordioso es la fuente de la vida de los hijos de Dios.

El que se sabe hijo de Dios considera a todos los demás sus hermanos. No es ni un individuo que no tenga lazos constitutivos y por tanto obligantes con los demás, ni alguien que sienta esos lazos como opresivos, como que coartan su libertad. El Espíritu de hijos, como es el Espíritu de Jesús, es con la misma fuerza Espíritu de hermanos. Y por eso lleva, primero a no descargar su responsabilidad en nadie, a no oprimir ni mediatizar ni desconocer a nadie. Y, positivamente, a compartir la propia vida con ellos, ya que es la vida común recibida personalizadamente, lo que significa tanto de un modo único como referido a los demás.

La persona se constituye no por la extremada individuación de la sustancia sino por las relaciones. El individuo llega a ser persona al relacionarse con Dios como hijo y con los demás como hermanos. Ambas relaciones son relaciones, no concepciones, ideaciones. Así pues, pueden darse en un ateo y pueden no darse en uno que sinceramente se profesa cristiano. El Espíritu de hijos y de hermanos se actúa al dejarse mover por él, no al pensar ortodoxamente. Hijos de Dios, nos recuerda Pablo, son todos aquellos (y se sobreentiende que sólo aquellos) que se dejan guiar por el Espíritu de hijos (Rm 8,14). Lo decisivo no es que se sepa que ese Espíritu es el de Dios ni el de Jesús; lo único que importa es que de hecho uno se deje conducir. Y para dejarse conducir no es imprescindible conocer su nombre porque el Espíritu mueve desde más adentro que lo íntimo de cada uno.

#### *3.2.4 De las diferencias como fuente de discriminación a las diferencias como fuente de complementación*

Tematicemos el punto de la fraternidad, desde las especificaciones que proponía Pablo, porque nos parecen muy pertinentes para nuestra época así como para comprender la propuesta de liberación que llevó a cabo la Iglesia primitiva. Pablo enumera las diferencias que eran fuente de discriminación y por tanto impedían la realización histórica de la fraternidad. Serían las de libre y esclavo, griego (es decir civilizado, en el doble sentido de con cultura y con derechos civiles con sus correspondientes deberes cívicos) y bárbaro, varón y mujer, y, para los judíos, de religión judía, es decir del pueblo elegido, y gentil.

### 3.2.4.1 *Reconstrucción superadora de identidades, papeles y relaciones, desde la fraternidad*

La esclavitud pertenece al ámbito económico: ante todo al mercado, donde se compran y venden, pero más radicalmente al modo de producción, concretamente a las fuerzas productivas y a las relaciones de producción. Sin este objetivo preciso la esclavitud no entra en el mercado porque no tiene funcionalidad ni sentido.

El esclavo no tenía derechos civiles, no era sujeto de derechos, no era, en el argot romano, *sui iuris*. Esto significa que era propiedad de otro, del dueño. La manera más radical de no ser sujeto es no ser sujeto de derechos. Si nadie me considera sujeto de derechos y yo no puedo ejercerlos, estoy en una pendiente inclinada para considerarme a mí mismo como no sujeto, como sin dignidad, como no persona. Si se da el paso, el esclavo acaba viviendo como los demás lo tratan, de modo conductista, en base al temor y a la seguridad, y acaba siendo lo que metafóricamente significa esclavo. Y por tanto de hecho, no un sujeto humano, si éste se define por la libertad. De este modo el estatuto jurídico, si no causa, sí ocasiona y motiva la involución humana, la degeneración moral.

Podía, sin embargo, no darse este paso y el esclavo podía vivir en sí mismo y relacionarse con los demás con dignidad. Pero sólo por su autoridad moral podía hacer valer sus derechos ya que la ley no los avalaba. Pero ejercer esa humanidad cualitativa tenía sus riesgos, ya que por muy discretamente que se ejercitara, la percepción en el amo de la igualdad o incluso superioridad humana del esclavo respecto de él, creaba la situación paradójica de que el menos humano sea el amo del más humano. Por mucho que la costumbre y la ley ampararan ese estatus, se veía la anomalía, el sin sentido, que, cuando no desembocaba en el otorgamiento de la libertad o al menos en el reconocimiento de facto de sus derechos, cosa bastante infrecuente, provocaba que el amo actuara con resentimiento, deshumanizándose él al mandar lo indebido o al ejecutar personalmente conductas indignas. En caso de mandatos indignos el esclavo podía resistir y sufrir el castigo e incluso la muerte con dignidad y por dignidad.

¿Qué propone Pablo en este punto? Propone que en el ámbito cristiano no puede ejercerse esta relación cosificadora. Aunque en el caso de Onésimo propone pura y simplemente la liberación, no hace de ello una ley general, ni en ese caso concreto lo impone como un derecho inalienable del esclavo que debe reconocer el amo. Él parte de la realidad de la esclavitud y nada dice de esa

institución. Lo que sí afirma es que amo y esclavo son hermanos en Cristo y que esta nueva realidad debe llevar la voz cantante en sus relaciones. No quedan abolidos los respectivos papeles, pero sí radicalmente modificados. Esta modificación ha de abrir nuevos caminos teniendo en cuenta esos dos principios complementarios: no descargar en otro mi propia responsabilidad y ayudarse unos a otros a llevar las cargas. Así el amo va aprendiendo lo que significa que es siervo de Cristo y que por tanto no puede mandar lo que le dé la gana, y el esclavo va descubriendo lo que implica vivir no como esclavo, de modo conductual, por temor, sino con la libertad liberada que le otorga el Espíritu. Conforme estos ámbitos se vayan ensanchando y asentándose las nuevas relaciones e identidades, el ejercicio de la esclavitud se irá modificando profundamente y la institución como tal caerá en desuso.

Como vemos, el proceso de liberación cristiana que comanda la misericordia no se ejerce fundamentalmente como lucha de poderes entre amos y esclavos sino como reconstrucción de las identidades de los sujetos y por tanto de los respectivos papeles y por tanto como transformación superadora de las relaciones. Esto, al generalizarse, acaba superando la institución de la esclavitud. El quicio de esta propuesta es que la relación de fraternidad lleve la voz cantante, que no haya ninguna otra relación que se considere intocable, es decir, absoluta, no relativa a ella y modulada por ella. Así pues, la realización fundamental de la condición de hija e hijo de Dios es la historización situada de la fraternidad.

Esto no funciona cuando los que se llaman cristianos se definen a sí mismos como miembros de los conjuntos en los que viven. Los cristianos sólo lo son en verdad cuando, viviendo inmersos en diversos conjuntos que dan la fisonomía concreta a su sociedad, no se definen por ellos, es decir que están dispuestos a modificarlos en cuanto sean incompatibles con el estatuto de hermanos y más todavía con lo que dé de sí el ejercicio concreto de la fraternidad. Esto tuvo consecuencias desagradables para no pocos cristianos que fueron vistos con sospecha, como desleales al sistema de vida en que habían nacido, y con frecuencia debieron pagar precios muy altos.

### *3.2.4.2 Hacia una cultura de la democracia inclusiva desde el descentramiento trascendente*

La oposición civilizado-bárbaro pertenece al ámbito de lo político, tanto en lo que tiene que ver con la convivencia ciudadana como con el ejercicio del

poder. Esta oposición no sólo ha generado sensación de superioridad en los civilizados sino la pretensión sostenida de ejercer dominio sobre los tenidos por bárbaros.

El griego se consideraba a sí mismo como civilizado y consideraba bárbaros a los que no vivieran en civilidad. Como teorizó Aristóteles, el estatuto de racional que caracteriza al ser humano y que por tanto todos los seres humanos tenían en potencia, sólo se actualizaba en la polis. La polis no era las calles, plazas, edificios públicos y murallas sino las instituciones ciudadanas, es decir se constituía cuando la asamblea deliberaba y decidía y cuando las autoridades electas por ella realizaban su cometido bajo el imperio de la ley. El que participaba como ciudadano en ese ámbito vivía una existencia plenamente humana.

Quien vive en una sociedad autocrática en la que los ciudadanos no son tales porque no eligen las leyes ni se responsabilizan de su cumplimiento sino que son súbditos, es decir sometidos al que manda, no vive una existencia verdaderamente humana. Por eso las sociedades que no han llegado a la civilidad deben ser regidas por los que sí han llegado para que aprendan de ellos a vivir en civilidad. Los que no siendo ciudadanos viven en una sociedad civilizada gozan de los derechos, digamos humanos, que les acuerdan los civilizados, pero, al no poder ejercer la ciudadanía, son idiotas, es decir gente atendida a su vida particular, privada, es decir privada de la esfera de competencia pública, que es la esfera por excelencia de realización humana.

Hay que decir que Pablo se considera a sí mismo como ciudadano y hace valer repetidamente su derecho. Pablo tiene muy metido el sentido de lo público. Por eso habla, ante todo, en lugares públicos donde los ciudadanos libres se reúnen para hacer la vida común. Él se mueve como pez en el agua entre las diversas instituciones que configuran ese ámbito, que hasta cierto punto había respetado y convalidado el imperio romano.

Sin embargo él va comprendiendo en la práctica que el Evangelio no está basado en la retórica, que era la base de la vida pública ya que era el arma con la que se convencía e inclinaba a aceptar las propias propuestas, y, cosa todavía más sorprendente y relevante, que Dios ha elegido mayoritariamente más bien a la gente sin cultura cívica, a la plebe no versada en los asuntos públicos ni con preparación para ocuparse de ellos. Al elegirlos les ha dado, mediante la participación de su Espíritu, una sabiduría superior a la de los sabios de este mundo, una sabiduría que los hace verdaderamente humanos, superiores a los que se tenían por civilizados. Naturalmente que esta transformación no es un

acto de magia. Se opera, por el contrario, al estar atentos al movimiento del Espíritu y secundarlo libre y responsablemente. Esa obediencia al Espíritu saca al plebeyo de su particularismo, de su confinamiento en sus impulsos, deseos e intereses, y lo coloca en el ámbito abierto de la realidad compartida.

Insiste en que el Espíritu crea en la Iglesia un ámbito de participación muy superior al de la polis, en el que no cuenta ni la retórica ni la demagogia ni la búsqueda de la gloria propia en una competencia a costa de los demás sino la emulación en la participación mediante los dones que el Espíritu da a cada uno, dones complementarios, dados para la utilidad común. Es más quien más participa, quien más contribuye, el que no busca su propio provecho sino que prefiere la utilidad de los demás. En estas asambleas, participan todos: esclavos y libres, mujeres y varones, griegos y bárbaros. A todos capacita el Espíritu, y todos reconocen los dones de los demás. Así se superaban las feroces divisiones en bandos contrapuestos y los personalismos que estaban acabando con lo poco que quedaba de democracia.

Conviene poner de relieve un punto, que creo es la raíz de la superación: es la común obediencia de todos al Espíritu. Si no hay algún elemento trascendente, al fin todo se degrada a luchas por el poder. La trascendencia, relativa, se daba en los primeros tiempos en la misma ciudad sacralizada, con el proyecto histórico de constitución de la civilidad que encarnaba. Conforme el proyecto se realizaba, aparecieron también sus limitaciones, es decir su estatura real, que daba lo que daba y no más. Lo que daba se fue viendo insuficiente, incluso se fue viendo que sacrificaba demasiado. La muerte de Sócrates puede verse como un punto de inflexión, porque patentizó la contradicción. En la segunda mitad del siglo I no había ningún proyecto alternativo y la propuesta meramente se sobrevivía.

Para Pablo lo fundamental está en distinguir entre autonomía y autarquía. Sin autonomía no hay civilidad ni vida propiamente humana, pero desde la autarquía las relaciones no son constituyentes, no dan lugar a personas ni a cuerpos sociales personalizados. Sólo, a contratos de mutua conveniencia prevalentemente procedimentales. La propuesta de Pablo está basada en que todos actúen al único Espíritu que los constituye en cuerpo. No hay heteronomía porque el Espíritu actúa desde dentro de cada quien y de manera personalizadora. Él pone en movimiento lo más genuino de cada quien, lleva a la constitución del sujeto desde la autenticidad. Pero no en la dirección del autocentramiento ni de poner a los demás para sí sino en la de poner en común los dotes de cada uno para el bien de todos, un bien personalizado. Es la civilidad en el más alto grado.

Tan alto que, al ser un caso límite, tiende a casi excluir lo coactivo, aunque no del todo. En este sentido no es una propuesta política. Pero es el caldo de cultivo de toda política que aspire a ser constructiva.

Como en el caso de la esclavitud, es bueno recordar que el Espíritu se ejerce desde el punto de partida en que están los individuos y las comunidades: desde las rivalidades, los personalismos, los bandos, desde lo que los cristianos eran como miembros de los conjuntos a los que pertenecían y en los que se habían socializado antes de ser cristianos y formar comunidades cristianas. Desde ahí viene la propuesta del horizonte nuevo y del nuevo espíritu para procesar los cambios. Sólo en algún caso límite dicta alguna medida disciplinar, que cancela lo más rápidamente posible, al haber dado ya su fruto. Lo ordinario es la propuesta a la libertad de la asamblea para que en relaciones mutuas (enséñense, sopórtense, edifíquense, ayúdense, consuélense, anímense, corrijanse...) vaya edificando esa fraternidad cualitativa que tiene como paradigma inalcanzable a Jesús de Nazaret.

Como se ve, la simpatía nacida del Espíritu da lugar a relaciones horizontales y mutuas, que se entablan no buscando cada uno su propio provecho, es decir meramente utilitarias, sino pretendiendo cada quien aportar lo mejor de sí, poniendo en ello su gloria y alegría, buscando así la edificación del cuerpo social personalizado. En estas relaciones todos tienen algo que dar, no hay meramente receptores, por eso todos son sujetos. La simpatía da lugar a la misericordia tanto porque la ejercen entre sí los no considerados en la ciudad, que tienden a introyectar el esquema, como los que estiman ser algo en este mundo respecto de los que son tenidos como plebe carente de calidad. Gracias a la misericordia la diferencia no da lugar a discriminaciones sino al enriquecimiento del cuerpo. Por eso no se pretende ocultarla y mimetizarse según el paradigma dominante. Ese paradigma no es cultural sino personal y todos están llamados a investirlo desde su propia realidad, es trascendente a todos, ya que no es otro que Jesús de Nazaret.

### *3.2.4.3 El ejercicio con libertad espiritual por parte de la mujer de su igual dignidad no acaba de reconocerse institucionalmente*

La oposición de género era en tiempo de la naciente Iglesia la más naturalizada. La mujer pertenecía al ámbito de lo privado, de la casa; en tanto lo público era el territorio de los varones. Por eso no existían ciudadanas sino esposas, madres e hijas de ciudadanos. En este sentido literal las mujeres eran

las idiotas por antonomasia: las confinadas en lo particular y privado. Allí su estatuto variaba: unas eran en verdad "la reina de la casa": los varones se desentendían de ella y ellas se encargaban de moldear ese ámbito y de que marchara. Otras, aun en este ámbito, que estaba bajo su cuidado, lo hacían meramente como administradoras y empleadas domésticas ya que el esposo daba los recursos para cada ocasión, marcaba las directrices y pedía cuentas. En cualquier caso estaban realmente subordinadas al que por eso se llamaba (hasta ayer mismo) el cabeza de familia.

Es un hecho que el feminismo puede remitirse a Jesús de Nazaret como una persona que fue más allá de las coordenadas de su época. Ya hemos citado el caso de la mujer cananea que muestra a Jesús cómo su ministerio puede extenderse más allá de lo que él había creído inicialmente. Otro caso muy significativo de cómo las mujeres ayudan a avanzar a Jesús es el de Marta y María. Pasando Jesús por su pueblo, ellas lo reciben en su casa. Mientras Marta se afana en atender al huésped, María está sentada a los pies de Jesús, expresión técnica que significa que lo escucha como discípula (cf. Hch 22,3). Marta, que deseaba hacer lo mismo, pero que está persuadida de que no puede por ser mujer, se resiente de que lo esté haciendo su hermana y le pide a Jesús que le pida que vaya a ayudarla. Jesús le responde: "María ha escogido la mejor parte y no le será quitada" (Lc 10,42). Como se ve, es María la que ha iniciado la relación, es ella la que se ha aventurado en ese camino inédito, y Jesús no procede según la convención de la época sino abriéndose a esa iniciativa. Según el cuarto evangelio Marta ha ido tan lejos en el discipulado que es ella y no Pedro la que hace la confesión mesiánica (Jn 11,27; cf Mt 16,16). También resulta significativo el diálogo con la samaritana. Para los discípulos era, como decimos en Venezuela, gastar pólvora en zamuros. Quien dialoga con mujeres es un charlatán, no un maestro. Más todavía, si es samaritana. Pero Jesús no sólo la cree capaz de recibir su propuesta sino de transformarse personalizadamente hasta el punto de convertirse en la apóstol fehaciente de sus paisanos. La misericordia no se contenta, decíamos, con una dádiva sino que trata de igual a igual a la necesitada y despreciada, ayudando no sólo a su completa rehabilitación sino a que pueda desempeñar un papel protagónico. Es paradigmático el caso de la mujer sorprendida en adulterio que le presentan para que la condene. No sólo no la condena sino que pone en evidencia a sus acusadores y la despide con unas palabras en las que le muestra su fe en ella. Más hermoso es aún el de la pecadora pública (Lc 7,36-50). Ella es la que busca atrevida y confiadamente la aceptación de Jesús, y, cuando se percató de ella, le retribuye con todo su amor. Ella, despreciada por los intachables, es

capaz de vivir un amor que la rehabilita. La misericordia de Jesús, que ha suscitado ese encuentro, llega hasta el reconocimiento de su calidad humana: "Tu fe te ha salvado. Vete en paz". La fe es la flor de la relación personalizadora, esa fe, que Jesús ha suscitado pero que ella ha actuado, es la que la salva. Ella es así, no sólo destinataria sino también agente de su salvación. Jesús la puede despedir certificando la plenitud de que es portadora. En cambio los intachables tienen a Jesús en su casa y a su disposición, pero nada sacarán de ese encuentro porque no son capaces de salir de sí, de encontrarse, de amar y ni siquiera de comprender, a pesar de los esfuerzos de Jesús, su estado miserable. El caso extremo es el de María Magdalena. Ella pasa de un estado calamitoso de despersonalización (siete demonios) a seguir a Jesús hasta el calvario y hasta representar en el primer día de la nueva creación a la nueva Eva junto al nuevo Adán, el ser humano consumado, perfecto, en el jardín en el que la tentación fue vencida y comenzó lo definitivo. A ella se le desvela el misterio y es enviada como apóstol de los apóstoles a comunicárselo: Jesús, Hermano nuestro para siempre, hace que su Padre sea nuestro Padre y su Dios, nuestro Dios (Jn 20,17).

Como en otros aspectos, la Iglesia naciente no fue capaz de institucionalizar la novedad de Jesús. Se necesitará toda la historia para ello. Sin embargo, en la práctica sí prosperaron estas novedades. Veamos el caso de Pablo. Las cartas paulinas y más todavía las deuteropaulinas sostienen la doctrina habitual de la subordinación de la mujer al varón, que es su cabeza (1Cor 11,3; Ef 5,23), y del confinamiento en lo privado con la consiguiente prohibición de hablar en las asambleas (1Tm 2,11-12). No hay, pues que buscar la novedad en la doctrina. Ella se halla realmente en la práctica. Y de modo parecido al de Jesucristo en el sentido de que las nuevas relaciones las proponen o suscitan las propias mujeres y, Pablo en este caso, accede a ellas y al experimentarlas las convalida.

Tomemos el caso paradigmático de Lidia. Pablo acaba de pisar Europa respondiendo a una visión en la que un macedonio le pide que vaya a ayudarles. Está en Filipos, una colonia romana, y no sabe por dónde entrarle. Está tan desesperado, que acaba por acudir a la orilla de un río donde le han dicho que se reúnen unas mujeres religiosas. Empezar el anuncio del Evangelio no proclamándolo a varones en un lugar público de la ciudad sino a mujeres fuera de ella, le parece algo en extremo anómalo, como desdorado para el Evangelio. Pablo comienza escuchando y reconoce en las palabras de Lidia las de una verdadera creyente. Al expresarle cómo el Dios en el que ella creía es también su Dios, ella le pide que le hable de él y Pablo le evangeliza a Jesús. Lidia cree en Jesús y pide el bautismo. Pablo la bautiza. Si la bautiza, es porque ha

reconocido su fe adulta. Lidia extrae la consecuencia lógica de la nueva identidad adquirida y les invita a hospedarse en su casa. Pablo, que había vivido el encuentro con Lidia como gracia de Dios, al recibir la invitación vuelve a objetivar la situación y capta lo inconveniente que sería para la causa del Evangelio comenzar la predicación en Europa teniendo como plataforma la casa de una mujer. Para Pablo, quien se dedica a mujeres no es un maestro sino un charlatán. Las mujeres pueden formar parte del colectivo que escucha y se convierte, no ser ellas las protagonistas. Por ello se resiste. Pero al no poder aducir ese motivo, que le parece ofensivo para Lidia, sus excusas no son convincentes. La razón de Lidia, en cambio, no puede ser más convincente: Si me has bautizado, nos hemos convertidos en hermanos en Cristo, luego yo tengo el derecho de invitarte y tú la obligación de aceptar. No aceptar es no fiarse de mí. Si no te fías, no tenías que haberme dado el bautismo. Por eso el pasaje acaba significativamente: “nos obligó a aceptar” (Hch 16,11). Pablo comienza a evangelizar desde casa de Lidia. Acusado de introducir costumbres contrarias a las romanas, es apaleado y metido en la cárcel; cuando, tras una gran peripecia, lo ponen en libertad y le piden que abandone la ciudad, Pablo, antes de irse, no puede menos que pasar por casa de Lidia; allí se reencuentra con los hermanos, los consuela y, después de despedirse, abandona la ciudad. En ese poco tiempo Pablo ha aceptado de corazón a Lidia como hermana y a su casa como la plataforma de la comunidad. Filipos será su comunidad preferida, y en la carta cariñosísima que les escribe, a los primeros que menciona de la comunidad es a Evodia y a Síntique, dos mujeres.

En la primera carta a los corintios, les manda muchos saludos de parte de Priscila y Áquila y de la Iglesia que se reunía en su casa (1Cor 16,20). Hay que decir que cuando Pablo visitó por primera vez Corinto se hospedó en su casa. En ella vivía y trabajaba, pues eran del mismo oficio, y desde ella evangelizaba a los judíos (Hch 18,2-3). Luego acompañaron a Pablo a Éfeso (Hch 18,24-26), desde donde escribe Pablo, y por fin volvieron de nuevo a Roma. El elogio que hace de ellos a los romanos no puede ser más elocuente: “Saluden a Prisca y Áquila, mis colaboradores en Cristo Jesús, que por mi vida expusieron sus cabezas, y a los que no sólo yo estoy agradecido sino todas las Iglesias de la gentilidad” (Rm 16,3-4). Para no alargar los ejemplos, transcribiremos su elogio a Febe: “Les recomiendo a Febe, nuestra hermana, que es diaconisa de la Iglesia de Cencres, para que la reciban dignamente en el Señor, como conviene a los santos y la ayuden en todo lo que necesite, porque también ella ha ayudado a muchos y en particular a mí” (Rm 16,1-2). El que las recomendaciones a los romanos comiencen por Febe y sigan luego por el matrimonio de Priscila y

Águila, mencionando en primer lugar a la mujer, y el que se mencionen luego a varias otras mujeres, el que se alegue que lo han ayudado a él, indica un cambio muy grande en el fariseo Pablo, si no en su ideología, sí en su práctica. Es un hecho que en las Iglesias de Pablo las mujeres tuvieron una actuación destacada, tanto en el interior de la comunidad como en la tarea de la evangelización.

¿Qué decir en resumen al respecto? En este caso estaba tan naturalizada la primacía del varón en esas sociedades patriarcales que ordinariamente fueron las mujeres las que se tomaron más en serio la novedad introducida por la práctica de Jesús y por su Espíritu. A lo largo de la historia siempre hubo mujeres que vivieron no sólo la igualdad con el varón sino más todavía que actuaron con verdadera libertad espiritual (es decir sin ofender ni temer, sin pedir permiso ni rebelarse) su especificidad como riqueza también para los varones. Estas mujeres no fueron excepciones sino una minoría consistente y con frecuencia determinante. Aunque no siempre, o más bien pocas veces, reconocida. Incluso, hay que decir que cuando quisieron institucionalizar esa igualdad fueron aplastadas y que esta discriminación está lejos no sólo de ser superada sino incluso reconocida.

Si la simpatía es la inclinación afectiva a otra persona y se llama misericordia cuando esa persona sufre por diversas causas, entre ellas la discriminación, y si para que lo sea se requiere que la relación sea horizontal y entrañe el reconocimiento pleno del otro, hay que decir que en la Iglesia la misericordia respecto de las mujeres como tales no ha alcanzado la calidad evangélica que haga honor a ese nombre. Esto significa que se ejerce habitualmente misericordia con la mujer concreta, pero no en su condición de mujer o por lo menos no suficientemente en lo que toca a su condición de mujer porque no se las respeta ni considera institucionalmente ya que está hasta hoy vedado para ellas, no sólo el acceso al presbiterado y episcopado sino de manera más general los puestos de responsabilidad y el encargarse digamos oficialmente de la marcha de la vida de la Iglesia. Si se alega, con razones que pocos ven, que las fuentes cristianas vetan el ministerio ordenado a las mujeres ¿qué razón puede esgrimirse para negarles compartir con los varones la dirección de su organización institucionalizada? A pesar de eso, no es exagerado decir que la marcha efectiva, cotidiana, de la vida cristiana recae mayoritariamente en sus manos, y que muchas, sobre todo las mujeres populares, lo hacen desde sí mismas, es decir con auténtica libertad espiritual. Y no pocos varones les están sinceramente agradecidos. Son, como Jesús, las que sirven, porque realmente como colectivo sirven para todo. Inexplicablemente de esto no se saca ninguna

consecuencia institucional. La progresiva insignificancia en que está cayendo la institución eclesial no es ajena a esta ceguera espiritual.

#### 3.2.4.4 *La fe, independiente de la etnia: Apertura a una religión universal, embrión de la fraternidad universal de las hijas e hijos de Dios*

Para los judíos, ellos eran los elegidos: a ellos les hizo Dios sus promesas y con ellos pactó su alianza eterna. De ello muchos deducían que los demás eran los no elegidos, incluso los entregados por Dios al extravío de sus corazones. Por eso, como pueblo separado de los demás por la elección, debían abstenerse del trato frecuente con ellos, por ejemplo de entrar a sus casas y de seguir sus costumbres. Naturalmente que reconocían que entre ellos había sin duda temerosos de Dios y practicantes de la justicia, pero eran excepciones. Como colectivo eran tenidos como sin Dios ni esperanza.

Parece fuera de duda que Jesús creyó que su misión se restringía a Israel. Es verdad que se admiró de la fe de la cananea y declaró que en Israel no había fe tan grande como la de un centurión romano. Incluso llegó a profetizar que vendrían de oriente y occidente a sentarse en la mesa del Reino con los patriarcas, mientras que la mayoría de los israelitas se iban a quedar fuera del banquete del Reino. Sin embargo, cuando unos griegos quisieron llegarse hasta Jesús, él postergó el encuentro hasta que fuera levantado en alto. Y es cierto que la universalización del cristianismo no tuvo lugar sino hasta después de la Pascua. Y no se produjo sin fuertes reticencias. La exclamación desconcertada de los cristianos de Jerusalén ante el hecho de que Pedro hubiera entrado en casa de Cornelio y lo hubiera bautizado, indica lo difícil que resultaba ingresar a este horizonte. Si después de contarles Pedro que fue obedeciendo a una visión y que los bautizó porque sobre ellos vino el Espíritu como vino en Pentecostés sobre los apóstoles, no acertaron a decir más que “¡así que también a los paganos ha concedido Dios la conversión que lleva a la vida! (Hch 11,18), es que la comunidad no estaba preparada para una novedad tan inaudita. El que la comunidad de Jerusalén acabara siendo una comunidad farisea, centrada en la ley y el templo, el que el evangelio judeocristiano de Mateo exprese tanto resentimiento contra los dirigentes judíos que los acababan de expulsar de la sinagoga y más aún las comunidades del discípulo amado, indica que para ellos el asunto de Jesús, aunque tuviera resonancia universal, era en primer lugar un asunto judío, interno a la religión judía y al pueblo elegido.

Desde este horizonte uno no sabe qué admirar más: si la intrepidez de los

prosélitos de Chipre y Cirene, que en Antioquía evangelizaron a los paganos a Jesús sin pasar por el judaísmo o la capacidad de Pablo y Bernabé para abrirse a esta novedad o la amplitud de la Iglesia de Jerusalén para reconocerla. En este sentido el capítulo segundo del evangelio de Mateo, que asienta que no fueron los maestros de la ley ni las autoridades del pueblo elegido sino unos sacerdotes de una religión falsa los que reconocieron y rindieron homenaje al Mesías, resulta tan sorprendente que recién hoy comienzan a sacarse tímidamente las consecuencias. Lo mismo podemos decir del evangelio de Marcos que, definiéndose como la buena noticia de Jesucristo Hijo de Dios, sostiene que el único que lo reconoce como tal es el romano que comanda el pelotón que lo acaba de matar. El hecho es que en las comunidades de Pablo no hubo distinción entre judíos y gentiles sino que ambos formaron el único cuerpo de Cristo. Para los provenientes del judaísmo este ejercicio de la misericordia gratuita de Dios es algo tan impensable y desmedido que da la medida de su compasión, descubre hasta donde llega el amor de Dios, y consiguientemente los movía a tener con ellos la misma misericordia que llegara hasta reconocerlos como verdaderos hermanos.

#### **4. La misericordia hoy**

##### *4.1 Hoy también hay que empezar por la simpatía*

Hemos comenzado asentando que para el Dios cristiano lo primero es la simpatía. Pregunto si nuestra época está tan sumida en la insensibilidad a la injusticia y tan resignada al mal culpable que resulte extemporánea esta actitud. ¿Será que hoy sí serán pertinentes los profetas de calamidades con los que disentía Juan XXIII en el discurso de apertura del concilio Vaticano II? Cohelet dice que hay un tiempo para llorar y otro para reír, uno para rasgar y otro para coser lo rasgado. ¿Será que hoy hay que dejar de lado la simpatía y deben llevar la voz cantante e incluso ocupar toda nuestra solicitud la denuncia y la misericordia?

En el 1983 un grupo de profesores de diversos países de América Latina tuvimos una larga discusión sobre el punto de partida de una filosofía liberadora en América Latina. Ellacuría insistía en que, así como para Aristóteles era la admiración y para Heidegger la pregunta de por qué existe el ente y no más bien la nada, para nosotros debía ser el horror ante la injusticia triunfante, ante tanta dignidad pisoteada y tanta esperanza asesinada. Yo le argüía que el horror no es principio de nada, que el horror simplemente pasma. Si sólo hay mal, es,

según Cohelet, tiempo de callar. Convinimos que había que retener el momento de negatividad porque para nosotros, como cristianos, la dialéctica no puede ser la del occidente (desde Platón a Hegel) que va de lo positivo a lo más positivo sino que se propone rescatar la negatividad (lo que está perdido, como dice el evangelio) como un momento primario; pero que la fuerza que guía el movimiento tenía que seguir siendo la admiración. Para nosotros, la admiración de que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Sobreabunda de muy diversos modos. Pues bien, creo que ésta debe seguir siendo hoy nuestra actitud primordial.

Hoy también lo primero es la simpatía, la inclinación cordial positiva, incluso la comunión admirada con tantas mujeres y varones que están poseídos por la obsesión, por el conato agónico por la vida digna, es decir por el empeño por vivir con dignidad cuando les son negadas las condiciones para vivir. Son muchos los millones que, permaneciendo en una condición de pobreza y abandono, han alcanzado la libertad de vivir humanamente, de ocuparse con paz en el objetivo de vivir e incluso de dar de su pobreza. Muchas de estas personas, como han superado la angustia, tienen la capacidad de capacitarse en cuanto pueden, de aprovechar las ocasiones, de apoyarse mutuamente y hasta de celebrar la vida y tener momentos de verdadera alegría.

Para nosotros es indudable que cuando una persona, que no tiene elementos para vivir, vive, es que el Espíritu, dador de vida, le hace vivir. Para nosotros la obsesión es obediencia primordial al impulso del Espíritu, que mueve incesantemente desde más adentro que lo íntimo de cada uno. Esto es así, independientemente de su tematización, porque la relación con el Espíritu no es cara a cara sino la coincidencia en la acción. La Iglesia no conoce la oración al Espíritu (los dos himnos, *Veni creator* y *Veni Sancte Spiritus*, son muy tardíos) sino la acción (o más en general la relación) en el Espíritu, es decir en obediencia a su impulso, se sepa o no que ese impulso es el del Espíritu Santo que nos envió Jesús en la Pascua.

Simpatía también por tantas y tantos que, viviendo en el corazón de esta civilización fetichizada, no han aceptado la marca de la Bestia, que viven en el mundo sin ser del mundo, y por eso, al no definirse por la pertenencia a los conjuntos de los que forman parte, tienen libertad para solidarizarse con sus conciudadanos, no se limitan a jugar su propio juego en el conjunto sino que están con los demás, y, desde su ser de necesidades, son para los demás. Son los que han hecho suyas las alegrías y las esperanzas, los dolores y las angustias de sus contemporáneos, sobre todo de los pobres y de los que sufren. Causa gran admiración que tanta gente haya liberado su libertad para no hipotecarse a

la ley de hierro de la dirección dominante de esta figura histórica, que seduce con su despliegue inagotable de mercancías y para alcanzarlas somete a unas reglas de juego inhumanas. No son excepciones sino minorías cada vez más convencidas y capaces las que están dispuestas a pagar el precio que comporta su actitud, porque han descubierto la alegría de vivir en dignidad, en libertad y solidariamente, y esta alegría vale más que el bienestar.

También de ellos tenemos que decir que esos bienes que cultivan de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, son bienes que propicia el Espíritu Santo, bienes, pues, escatológicos.

También tenemos simpatía por tantos científicos y técnicos que con infinita perseverancia, objetivándose en la realidad y constituyendo una comunidad virtual, se esfuerzan por penetrar en los secretos de la realidad, tanto en lo desmesuradamente grande como en lo inmensamente pequeño, tanto las fuerzas que la dinamizan como las estructuras que la configuran, y así la deconstruyen y reconstruyen logrando revertir enfermedades y cualificar situaciones, y construyen artefactos que tendencialmente van conformando un mundo hecho por la comunidad humana. Nuestra vida se está complejificando inmensamente, pero ante todo ya hemos logrado superar técnicamente la era de la necesidad. Éste es un paso inaudito que debe causarnos una gran admiración al comprobar hasta dónde somos capaces de llegar, y más cuando recién estamos comenzado a sacar consecuencias de lo que se trae entre manos.

En todos estos aspectos la humanidad ha crecido. Y, si tenemos los ojos limpios, tenemos que reconocer que quien con tenacidad y humildad se empeña en penetrar los secretos de la realidad para mejorar la vida humana y para edificar una vida propiamente humana, está llevado, aun sin saberlo, por la mano de Dios, es decir por el impulso de su Espíritu.

Bartolomé de Las Casas nos enseñó a los teólogos latinoamericanos, en esa época tan apasionante y brutal que le tocó vivir, que la proclamación cristiana y por tanto la teología no pueden comenzar ni acabar condenando y anatematizando, que tienen que ser capaces, ante todo de ver por dónde pasa el Espíritu en la situación que queremos evangelizar. Sólo después de haberlo proclamado como una noticia alegre y esperanzadora, es pertinente pedir la conversión a esta dirección y la transformación e incluso eliminación de lo que se opone a ello e impide que dé de sí fecundamente y también la incorporación de direcciones positivas que no se dan y son pertinentes. Si la Teología de la Liberación y más en general la teología crítica sucumben al hipnotismo del

fetichismo y se agotan en denuncias, por mejor fundadas que estén, al carecer de propuestas, no tienen Evangelio y por tanto no tienen autoridad cristiana. Por eso insistimos en que la simpatía tiene que ser siempre lo primero. No sólo eso, es precisamente la simpatía la que, al ejercitarse sobre los que pasan trabajos, exclusiones e injusticias, se expresa como misericordia.

*4.2 Si la insensibilidad permite que se asiente la exclusión y la opresión, las entrañas de misericordia posibilitan trabajar por el reconocimiento y la inclusión*

Hemos partido de la insensibilidad como una actitud que caracteriza al que se deja moldear por la dirección dominante de esta figura histórica. Esta actitud de fondo confina en la propia individualidad y da lugar al ser humano que se incurva sobre sí mismo, que es la caracterización que hace Lutero de la condición humana pecadora.

#### *4.2.1 Abrirse al de cultura no occidental como a su propia carne*

Esta insensibilidad lleva a encerrarse en la cultura occidental mundializada considerada como la única cultura con prestancia y con futuro, y a considerar que o se debe desconocer simplemente a los demás que están más allá del mercado, dejándolos a su suerte, o que, si hay algo que esperar de ellos, hay que colonizarlos. No es elegante decirlo tan brutalmente, pero así funciona de hecho y así empieza a proclamarse abiertamente, sobre todo ante la invasión, que se ve como inminente, de los no occidentales a occidente. En USA y en Israel se está erigiendo un muro, como se erigieron en el bajo imperio romano y en China, y en el sur de Europa se deporta masivamente y, como ya lo vienen haciendo en USA, se está comenzando a matar a los que osan pisar el paraíso prohibido.

Una minoría de Europa y la mayoría de USA todavía se proclaman cristianos. ¿Qué significa para estos ciudadanos que para el cristiano las diferencias civilizatorias no pueden erigirse como principios de discriminación sino que deben convertirse en fuente de complementación simbiótica? Creemos que un test actual de si el cristianismo es algo sustantivo o meramente un modo distinto de nombrar lo que viven igualmente cristianos y no cristianos, es si se vive abierto al considerado como no civilizado, como atrasado y por tanto sin futuro, si esa apertura alcanza a percibir en el otro a su misma carne, a otro, a un diferente, pero asumido como de igual dignidad, como alguien digno de respeto,

más aún como alguien ante quien se me conmueven las entrañas porque lo veo mío y necesitado, y a quien me incorporo, como cuerpo de Cristo que es. Ésta es hoy una manifestación primaria de la misericordia trascendente que caracteriza tanto al Dios cristiano, al Padre materno de Jesús de Nazaret, como al que se llama su hijo y se dice consagrado por su Espíritu.

### *4.2.2 Conmoverse por el trabajo esclavo y luchar por el contrato digno*

A mí, lo que me parece más inaudito de lo que actualmente pasa como elemento estructural de lo que se llama neoliberalismo, es la mano de obra esclava. Si a principios de los años setenta se nos hubiera dicho que eso es lo que iba a caracterizar la próxima figura histórica, hubiéramos replicado que esa propuesta no iba a tener cabida porque casi ciento cincuenta años de lucha obrera heroica y victoriosa no lo iba a consentir. En ese momento el salario social como forma de participación del trabajador de los beneficios de la empresa, parecía un consenso, es decir, parecía que los patrones no sólo se habían resignado a ello sino que incluso les parecía bien, es decir condigno de los trabajadores como seres humanos y a la vez provechoso para la dinámica de la economía porque rendían más y tenían mayor capacidad de consumo.

Pues bien, hoy tendencialmente la mano de obra es esclava, no sólo los millones de niños sobreexplotados, malpagados y sin ningún derecho, y los millones de inmigrantes ilegales que se aproximan mucho a ellos, sino las maquilas, con métodos realmente draconianos, que da hasta vergüenza decirlos, a cambio de la mera sobrevivencia, y tantos, la mayoría, que se ven obligados a suscribir contratos basura, que no cumplen ni la legalidad, que en la mayoría de los países es tan baja que no da para mantenerse en vida. Además están los profesionales, casi todos los jóvenes, que no pueden alcanzar la estabilidad laboral y que, además de ser privados de los beneficios que ella comporta, sufren una angustia creciente en cada oposición o búsqueda de nuevo trabajo porque conforme van avanzado en edad, menos posibilidades tienen de que los contraten. Pero incluso gran parte de los grandes técnicos no son sino esclavos de lujo, muy bien pagados, pero completamente a merced de la empresa.

La llamada flexibilización del contrato de trabajo y la consiguiente instauración de la sociedad del riesgo, es una de las mayores iniquidades del sistema actual. ¿Cómo es posible que se mantenga en sociedades donde abundan los cristianos? ¿Cómo es posible que las Iglesias no clamen al cielo, que no consideren que quien participe de esta práctica no tiene corazón y por eso no es

ni siquiera un mal cristiano sino que no se puede llamar cristiano? La maciza insensibilidad que adormece (las tinieblas que han rechazado la luz de Dios que vino al mundo, según el cuarto evangelio) impide que nos hagamos cargo de esto, que nos encarguemos de ello como encargo de Dios y que carguemos con ello, pagando el precio de luchar porque esto no suceda.

Hoy un test para determinar si soy simplemente cristiano, no si soy buen cristiano, sino si lo soy mínimamente, es no incurrir en esas prácticas y denunciarlas por todos los medios y sobre todo luchar con creatividad y coraje para revertir la situación. No hacerlo es cerrarme a mi propia carne, es no tener entrañas de misericordia, es no ser hijos de nuestro Padre del cielo (Lc 6,36).

#### *4.2.3 Reconocer y secundar al mismo espíritu en uno mismo y en los demás, cristianos y no cristianos*

Cuando la injusticia e incluso la irracionalidad de una situación histórica es demasiado palmaria y flagrante, es necesario implementar una vasta operación de ideologización en el sentido de instalación en una falsa conciencia para poder vivir en paz con ella, ya que la mayoría no son cínicos y de nada les sirve la riqueza y el poder o el bienestar, si se da con constantes remordimientos. Por eso nuestra situación está signada por los fundamentalismos: ante todo el de mercado, que es la madre de todos, pero también, de civilización, de cultura, de etnia, y, por supuesto, los fundamentalismos religiosos.

Todas las grandes religiones atraviesan una fase fundamentalista, unas como ideología de la absolutización de las instituciones eclesíásticas y otras como reacción defensiva al vaciamiento humano del mercado y al avasallamiento de las potencias a su servicio. Hoy, como las autoridades judías en la situación en la que se escribían los evangelios, las autoridades eclesíásticas propenden más a la imposición disciplinaria de normas que a la encarnación solidaria en el mundo y a su animación espiritual. Son más jefes que dictaminan autoritariamente, que mistagogos y hermanos serviciales. La institución eclesíástica católica atraviesa una crisis semejante a la de los partidos, en los que la maquinaria ha perdido bastante contacto con la base y no es capaz de representarla y animarla y menos aún de interesar responsablemente a la ciudadanía. Este aislamiento de la institución eclesíástica realimenta su ideologización, su corporativización, su asumirse como jerarquía en el sentido más textual de la palabra, y de ahí, su confinamiento en movimientos fundamentalistas y su dificultad de interlocución con la membresía adulta y la

ciudadanía en general. Cada vez se rigidiza más, dando la impresión de limitarse a defender, como los demás poderes establecidos, sus terrenos tradicionales de influencia, y a colocar la prueba de la fidelidad en terrenos muy puntuales, en rigorismos morales, dejando de lado, como dice el evangelio, la justicia, la misericordia y la buena fe, es decir el entramado más medular y decisivo de la vida. Gracias a Dios, no toda la jerarquía es así, pero ése es el tono ambiental.

El concilio Vaticano II, reunido cuando empezaba el proceso de mundialización, puso las bases teológicas y espirituales de una verdadera catolicidad: la expresión, refractada en cada cultura, del único evangelio de Jesús. Desde esta vivencia de cada comunidad cristiana encarnada en su respectiva cultura, trascendiéndola desde dentro, y desde esta comunión fraterna de las distintas comunidades, la Iglesia se capacitaba para ser sacramento histórico de la calidad humanizadora que debe presidir la unificación del género humano por obra de interacciones múltiples y crecientes. La primacía de la obediencia al Espíritu, que lleva a la confianza y libertad de las hijas e hijos de Dios, y a la asunción de la propia responsabilidad y a la ayuda fraterna, capacitaba para reconocerlo más allá de las fronteras de la Iglesia, ya que en el Espíritu derramado en la Pascua reside la universalidad histórica del cristianismo. Este mutuo reconocimiento del mismo Espíritu en cada uno es el modo contemporáneo de quebrarse el muro entre cristianos y no cristianos, de reconocerse y apoyarse, sin sacrificar los cristianos nada de su identidad y sin obligar a los demás a asumirla.

Pero en vez de tomar este camino a la altura de los tiempos, es decir en fidelidad a los signos de los tiempos, se ha propiciado la conjunción del apoyo a una religión sin religación, meramente compensatoria, con una identificación progresiva de la Iglesia con la institución eclesiástica, desconociendo que el sujeto de la Iglesia es todo el pueblo de Dios, que se constituye como tal al llevarse mutuamente en la fe, el amor fraterno y la vida cristiana. Así la Iglesia deja de ser significativa, de hecho deja de ser sacramento, es decir signo, instrumento y embrión, del camino hacia la unión de la familia humana. Una institución eclesiástica así, centrada en su propia autoridad y absorbida por el esfuerzo por no perder su influencia, no es capaz de ser expresión de la misericordia de Dios en el mundo, propagando la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Gracias a Dios, aún queda un fuerte rescoldo del fuego del Espíritu que encendió el concilio, pero éste es el tono ambiental.

### 4.3 *Evangelizar el padre materno de Jesús*

Jesús ha sido constituido por Dios como paradigma de humanidad; más aún, él, atrayéndonos desde el seno del Padre, se ha convertido en arquetipo de humanidad porque humaniza al que se deja atraer por él. Él, con su vida y sus palabras, nos ha revelado a la vez a Dios y al ser humano, ya que nos ha revelado que el ser humano se realiza como hijo de Dios y como hermano. Eso somos, no sólo los cristianos sino todos los seres humanos. Así pues, vivir como hijas e hijos de Dios, por una parte constituye nuestra mayor riqueza, pero además por eso mismo, nos libera de la angustia y nos capacita para el ejercicio de la fraternidad.

Creo que, así como la misericordia de Jesús se ejercitó en acoger a los que como pecadores públicos se creían sin esperanza y sin Dios en el mundo, haciéndoles experimentar en su acogida la acogida de Dios, una manifestación primordial de la misericordia en este tiempo desalmado es evangelizar a ese Padre materno. Esto no es posible ciertamente desde la institución eclesiástica absolutizada y establecida, pero sí lo es, si vivimos a la altura del tiempo, si nos movemos con solvencia en la vida desde una existencia desarmada y abierta, desde las entrañas de misericordia, que como no se afinan en la propia resonancia emotiva sino en la realidad de los demás, se expresa como sobria simpatía, como capacidad de hacerse cargo del otro sin hipotecar su libertad sino liberándola y potenciándola.

Parte del eclipse de Dios, que tiene múltiples causas, se debe sin duda a la opacidad de la institución eclesiástica, pero también al silencio de los que llevamos su nombre. Es cierto que no hay que mentarlo en vano, que ese nombre sagrado no puede pregonarse como las ofertas, pero tampoco silenciarse. Si para nosotros ser hijas e hijos de Dios es un tesoro invaluable, nuestro mayor tesoro ¿no es una falta de misericordia dejar de ofrecerlo? Ofrecerlo no es hacer prosélitos ni enfeudar a la institución eclesiástica. Es presentar a una persona que gusta quedar oculta, que no se hace propaganda, que se relaciona con nosotros discretísimamente, y propiciar una relación libre con ella.

En este mundo sin hogar pasó el tiempo de los dioses padres sobreprotectores y en definitiva anuladores de la subjetualidad humana. También, por supuesto, de las jerarquías civiles y eclesiásticas que lo representaban. También de los que, introyectando el paradigma, pretenden endiosarse a sí mismos. Hoy es tiempo de aceptar nuestra limitada positividad y nuestra responsabilidad, y abrírnos desde ellas a los demás. Pero desde esa asunción

de nuestra condición, sí es tiempo para abrirnos al amor trascendente de un Dios que nos crea libres y mantiene con nosotros un diálogo de libertades, que no sólo no nos sustituye sino que nos invita a echarle una mano en la marcha de la evolución creadora. Un Dios que no da cosas sino sólo a sí mismo, que es un tú permanente, que no se muda, que sólo ama, pero que por eso es la pura verdad y la libertad absoluta, un tú sin imágenes, pero siempre disponible en medio de su discreción. Un Dios que nos quiere asociar, como comunidad humana personalizada, a su comunidad. ¿Cómo no va a constituir un acto primordial de misericordia evangelizar a un Dios así, siempre que en medio de nuestras limitaciones y contradicciones lo sacramentalicemos con nuestra vida? El cristianismo no se agota en una conducta razonable y solidaria. Es ante todo la propuesta de esa relación fundante con Dios como Padre materno. Tal vez la misericordia tenga que empezar por nosotros mismos y animarnos a relanzar en nuestras propias vidas esta relación cordial.

La sacramentalización comprende dos actitudes primordiales: la primera es la paz, la confianza primordial que da vivir con Dios y de algún modo vivir de esa relación. Ya hemos insistido que Dios no tapa ningún agujero ni sustituye ninguna carencia ni afectiva ni económica ni de ningún otro tipo. Dios es sólo Dios. No hace las veces de ninguna otra realidad. Pero la relación en fe con él sí da compañía, da la vida que da la compañía y en ese sentido libra del ansia y la avidez y da plenitud y de paz. El que vive así de verdad, irradia estas actitudes. Irradiarlas es un inmenso don, una muestra bien humana de misericordia, que se agradece. La segunda actitud es la fraternidad de las hijas e hijos de Dios.

#### *4.4 Vivir la fraternidad de las hijas e hijos de Dios*

Lo primero que habría que decir es que hoy, cuando convivimos cotidianamente con otros, es decir con personas de otras culturas tenidas por inferiores (aunque no lo verbalicemos así), sí sabemos lo que significa en concreto ser hermano de todos. Hoy la fraternidad universal no es, como lo pudo ser antes, una aspiración o emoción abstracta y menos aún una mera declaración de principios, una ideología. Es un sentido de pertenencia real, una posición respecto de los demás, con la responsabilidad que comporta, que requiere una opción y que no puede justificarse arqueológicamente por la mera pertenencia a una misma especie. No creemos que ninguna determinación concreta ligue a todos los seres humanos tan densamente como lo significa esta condición de hijos.

Es cierto que se puede optar sin reconocer ningún lazo previo sino

precisamente para constituir esa realidad deseada y querida con toda determinación. Para nosotros los cristianos la fraternidad se basa, como expresa propiamente la palabra, en una comunidad de origen, no propiamente en la común condición de criaturas, sino en el acontecimiento de Jesús de Nazaret: al hacerse hermano nuestro, él, que era el Hijo único de Dios, nos ha introducido en la comunidad divina como hijos en el Hijo. Si en Jesús somos hijos del único Padre materno, somos hermanos unos de otros. Jesús haciéndose hermano nuestro, se ha mostrado como Hijo de Dios. Nosotros, haciéndonos hermanos, nos constituimos como hijos, porque hijos de Dios son todos (y se entiende que sólo) los que se dejan llevar por el Espíritu de hijos. Por parte de Dios sí seguimos siendo hijos, pero como éste no es un hecho natural, no basta con el designio de Dios, es preciso que también nosotros lo convalidemos. Lo convalidamos cuando secundamos al Espíritu. Y el Espíritu nos lleva, como a Jesús, a hacernos hermanos de todos. Así pues, para los cristianos lo decisivo no es la profesión de hijos de Dios sino el dejarnos llevar por el Espíritu de hijos, que como hemos insistido, no es algo temático sino acción humana, relación. De este modo pueden ser hijas e hijos de Dios personas que no conozcan a Dios ni a Jesús, y pueden no serlo teólogos que nos dediquemos a tematizar al Dios de Jesús. Es, pues, hijo de Dios el que se comporta como hermano de todos.

De todos significa de todos sin excepción. Pero habría que hacer tres especificaciones. La primera especificación dentro de ese conjunto universal son los pobres. Pobres son, no los que no tienen sino los que, por carencias culturales o síquicas, no tienen cómo tener. Ésos son sobre todo los otros. No tener cómo tener es en la dirección dominante de esta figura histórica la mayor tragedia y la mayor desgracia, la fuente de la exclusión y del desprecio en el sentido más literal de la palabra: una persona así no vale nada y por eso está fuera del mercado y por tanto de la comunicación libre e igualitaria. Ser hermano de él significa reconocerlo como otro de igual dignidad con el que hago cuerpo. No significa tener lástima de él sino en primer lugar verlo con simpatía, lo que me capacita ver sus haberes, que no por no ser cotizados en el mercado dejan de valer. Desde esa valoración tiene lugar la misericordia: dolerme por él, por sus carencias, como por mi propia carne. Como este dolor no se afina en la propia sensibilidad sino en la realidad del hermano, lleva a prestarle ayuda, una ayuda horizontal en una relación mutua.

La segunda especificación son los enemigos. Esta palabra tiene dos acepciones: la primera es el que me cae mal, mi rival, mi competidor, entendiendo estos términos en sentido individual o grupal. La segunda, el que objetivamente

hace mal, me hace mal a mí, a los conjuntos de los que formo parte, a otros o a la humanidad. Naturalmente que este segundo concepto en la práctica se presta a muchas tergiversaciones por la dificultad de hacer juicios objetivos, pero se entiende lo que se quiere decir, aunque en unos casos sea más fácil que en otros calificar así al enemigo. Ahora bien, en ambos casos, el enemigo es mi hermano. No deja de ser enemigo. Pero es el hermano enemigo. No se trata lo mismo a un enemigo a secas que a uno que además y antes que enemigo sea hermano. Si es hermano, más que rabia, se tiene dolor por él, no se le hace el mal que él causa sino que se desea y busca que cambie. Tener misericordia del enemigo es un ejercicio eximio de obediencia al movimiento trascendente del Espíritu.

La tercera especificación son los cristianos. Los que se reconocen expresamente como hermanas y hermanos en Cristo. Desgraciadamente esta especificación está en desuso. Venimos de una cristiandad en la que ser cristiano y ser ciudadano eran coextensivos y por eso ser cristiano significaba bien poco. Ahora ya no existe la cristiandad, aunque aún queden enclaves corporativizados. Hay ambientes, por el contrario en los que ser cristiano está mal visto e incluso positivamente discriminado. Hoy, cuando ser cristiano es cada vez más una opción adulta, como lo fue en la primitiva Iglesia, vuelve también a tener sentido ser hermano en Cristo, con lo que tiene de genuina simpatía y de ayuda mutua. Gracias a Dios, ya se va dando.

También en este caso se nos pide usar la misericordia para con tantos hermanos que, según nuestra visión del cristianismo, no santifican el nombre que llevan sino lo profanan. Existe demasiada animadversión entre unos y otros cristianos, cuando sería preciso más dolor y mucha más misericordia; por ejemplo de tantos cristianos progresistas respecto de la jerarquía. Creo que en este punto hay un claro llamado de Dios.

Ejercitar la fraternidad así es un ejercicio bien actual del Espíritu de misericordia.